

378

R

R

Repertorio



378
R

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
DEPARTAMENTO
SERVICIOS BIBLIOTECARIOS

25 MAR 1971

Vol.

Rosario Aguilar

PRIMAVERA SONAMBULIA

Claribel Alegria

JUEGO DE ESPEJOS

Julieta Pinto

CUENTOS



BIBLIOTECA
Carlos Monge Alfaro
SISTEMA DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

repertorio

272
9

SERGIO RAMIREZ
Director

ITALO LOPEZ VALLECILLOS
Editor

CONSEJO EDITORIAL

- Oscar Acosta* (Honduras)
- Ernesto Gutiérrez* (Nicaragua)
- Hetzer González* (Costa Rica)
- Guillermo Putzeys* (Guatemala)
- José Roberto Cea* (El Salvador)
- Tobías Díaz Blaitry* (Panamá)

Editado bajo el patrocinio del CONSEJO SUPERIOR UNIVERSITARIO CENTROAMERICANO (CSUCA) con el propósito de promover la integración cultural del istmo y ofrecer una imagen viva de nuestros seis países a los demás del mundo.

El material publicado es inédito, por lo que no pueden hacerse reproducciones totales o parciales sin previo consentimiento de la dirección.

Valor del ejemplar: US\$ 0.50
Suscripción por un año: US\$ 3.00

Dirección y administración:
Apartado 37
Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio",
San José de Costa Rica.
Teléfono 25 27 44 Cable: COSUCA.

Año VI, junio de 1970, N° 16. Tirada: 5.000 ejemplares.
Se publica cada tres meses. Impreso en la Editorial
Universitaria de El Salvador. Costado Nor-Oriente de
Fac. de Odontología, Ciudad Universitaria. San Salvador,
El Salvador, Centro América.



Rosario Aguilar
Primavera Sonámbula



ROSARIO AGUILAR nació en León de Nicaragua en enero de 1938. Ha vivido casi todo el tiempo en su ciudad natal, con excepción de estadias en Guatemala y en los Estados Unidos, donde estudió. Casada, reparte su vida familiar con el oficio de escribir. Su primer libro "Primavera Sonámbula" apareció en 1964 y constituyó un éxito editorial; después ha publicado "Quince Barrotes de Izquierda a Derecha" en 1965; y "Aquel Mar sin Fondo ni Playa" en 1970. En todos los casos se trata de narraciones extensas, que se desarrollan con unidad, en un lenguaje directo y sumamente poético. "Primavera Sonámbula" se publica aquí íntegramente.

Rosario Aguilar
Avenida Central 507
León, Nicaragua

Primavera Sonámbula

Al Dr. K.

Para su archivo personal

Una empleada me ha preguntado si quiero que me encienda la luz. La obscuridad se ha vuelto casi absoluta. Le he dicho que no. Estoy bien así, tratando de encontrar algo de mí; una razón, un por qué, me ha sucedido todo esto.

Así como este atardecer han sido todos mis días. La luz abandonaba el dormitorio. Huye por la ventana abierta, y los objetos: mis libros, la silla, mi cuerpo, flotan en la hora incierta. Miro con firmeza una mesa; pero flota, está y no está, como si cambiara de lugar, como si ni siquiera existiera.

No sé cuándo he comenzado a pensar. Cómo han transcurrido todos estos días que no sé, cuántos son. Mi mente es como un atardecer.

Las ideas no están claras en mí, huyen como la luz.

Hay momentos en mí, nuevos; pienso, recuerdo, existo...

En estos momentos sé, fijamente, claramente, que hay en mí, horas de obscuridad, temor, crepúsculo, incertidumbre. De estos no recuerdo nada. Flotan, están y no están, como si no han existido.

En la casa se alegrarían si sospecharan que estoy mejor. Estoy mejor. Lo sé, no puedo equivocarme; los momentos de lucidez se hacen cada vez más frecuentes, más prolongados.

Mi mente es como una máquina proyectora de cine. Los retazos más nítidos, son los más lejanos. Aquellos en que no aparece más que una niña. Hay impresiones que se detienen más que otras. Cosas que inexplicablemente han quedado en mí para siempre y hasta ahora encuentro y uno. Después todo es borroso, se pierde poco a poco.

El Dr. ha venido a visitarme. Es algo raro; su cara me es nueva y al mismo tiempo conocida. Cuando le miro fijamente, sé que su imagen ha estado en mí desde hace mucho tiempo, desde lejos.

Se me confunden sus gestos y su mirada con el físico de mi padre. Como si su imagen fuera una de las primeras. Si busco y esculco en mis recuerdos encuentro su olor, su voz, y a pesar de esto, a veces, me extraño, cuando entra y me habla con familiaridad, con dulzura. Muchas veces me pregunto, por qué me habla así, un hombre que acaba de venir, que no conozco, que es un extraño. Su olor me recuerda... que debo quererle, puesto que le conozco desde niña.

El Dr. ha dicho muchas veces, que yo podría ayudarle, si quisiera, a curarme. Muchas veces me han dado de alta en esta clínica, y he vuelto otras tantas.

Mi casa, el jardín de mi casa; la clínica, el jardín de la clínica; todo se me confunde en la cabeza. Mis padres, mis tíos, mis hermanos se mezclan con el médico, las enfermeras, los enfermos.

No sé a qué ojos corresponden las miradas; no sé a qué boca corresponden las sonrisas que recuerdo, las voces. Trato de localizar y me cuesta saber a cuál cuerpo pertenece este olor, aquel caminar.

Olor a jazmín es mi casa, olor a alcohol, a desinfectante, es la clínica.

El olfato me ayuda más que los otros sentidos a localizarme en un lugar, a recordar.

El Dr. dice que ahora que estoy mejor trate de cooperar, de encontrar una razón. Me ha pedido, que cuando me sienta mejor me ponga a escribir para divertirme, todos los días que recuerdo; los lejanos y los actuales. Los que han constituido para mí una vida, y los que por estar borrosos se han perdido.

• Mi caso es fácil y difícil. El secreto debe existir en mi mente. Debo tener guardado en algún lugar, la clave, la razón de la sinrazón. No he tratado de cooperar, y por mi completa indiferencia, no han logrado encontrar el motivo de mi desinterés total por la existencia.

He sido hasta hoy, como una hierba a la orilla de un camino transitado; ni más ni menos. Como una hierba he existido, me he alimentado, me ha mecido el viento; he sentido sobre mí el sol, la luna, la lluvia. Si alguien ha tratado de transplantarme, de hacerme sentir como cualquier ser humano, me he apegado a la tierra. Mis raíces se introducen en lo desconocido. Han tenido miedo siempre a forzarme, y tronchar el débil tallo mental, que me une a los seres humanos.

El Dr. quiere que para Navidad pueda volver para siempre a mi casa. Se ha entusiasmado por mi nueva reacción; por mi repentino interés hacia mí misma. Quiero averiguar y encontrar mis recuerdos. Luchar entre los dos para posesionarme de lo que me pertenece: mi vida.

Hay un lugar en mis recuerdos... No sé, pero repentinamente comienza la película a interrumpirse, a ser algo borroso.

Desde ese punto en adelante, los pocos trozos que aparecen son una continua pesadilla.

• Soy una niña que se despierta en la completa obscuridad, sola; sudando helado y estática de miedo. Alguien, no puedo precisar quién, se aproxima; adivinando su sombra me estremezco de miedo, grito, trato de alcanzar una protección... Muchas manos me sujetan; manos fuertes y calientes, manos suaves y frías... olor a alcohol... voces que se acercan y se alejan, dolor de pinchazos en el brazo... calma... sueño... indiferencia.

Esto aparece muchas veces; no sé si es una sola vez que sucede, y que neciamente se proyecta, y se proyecta de nuevo, o si sucede varias veces.

Hay trozos, en que la misma escena se repite con diferente fondo.

No sé, si sucede antes o después. Se percibe un vago olor a jazmín. Una mano suave y olorosa a Ponds... voces con el timbre de mis padres, manos ansiosas y enérgicas... Me rescatan, me salvan.

El monótono mecerse de una hamaca me tranquiliza, me adormece, y de nuevo... las voces desconocidas, el olor a alcohol, el pinchazo en el brazo... el sueño, la indiferencia.

Me han traído algunas cartas de la casa. Al

leerlas no encuentro nada. Son sólo palabras frías en un papel; papel y palabras.

Por mucho tiempo he recibido estas mismas cartas, pero es hasta hoy, que las interpreto a través de la razón. Se han puesto de acuerdo, no dicen lo que realmente sienten. Me hablan como a un ser humano, normal y común. Nada que pueda molestarme, nada que transmita la terrible pena, que no por ser vieja acostumbra. Sucede que ahora no leo los párrafos escritos; sino los párrafos de silencio; adivino todo aquello, que ellos con su pensamiento han escrito. Entre líneas podría leer muchas cosas.

El tiempo se ha puesto muy bonito. He salido con una enfermera a pasear por el jardín. He sentido una extraña nostalgia, de algo que no conozco, una vida lejana y próxima.

El Dr. viene cada vez con más frecuencia. Es ya un hombre maduro, pequeño, vigoroso; tan seguro de sí y tan feo que resulta atractivo. Me ha felicitado por mi trabajo, no creyó, dice, que fuera tan inteligente. Yo sé, que quiere alentarme, ayudarme. A veces cuando me nota confusa, me acaricia. Su tacto vigoroso es algo mío; lo guardo en mis archivos. Su mano entre las otras manos, aparece impresa en mis recuerdos, la misma caricia, el mismo olor a germicida. Me ha contado que va a venir a la clínica un famoso especialista. Quiere que para entonces tenga listas mis impresiones, mis recuerdos. Mi caso podría interesarle.

Todo lo que he escrito está bien; pero el Dr. quiere que la sonda penetre más profundo, más adentro de mis pensamientos.

No quiere que escriba lo que él ya conoce. Me ha explicado que toda la parte borrosa para mí, para ellos es muy conocida. Resulta que en un archivo, con diferentes letras, con diferentes colores de tinta, está escrito todo. Desde el día que vine por primera vez. Esos trozos de vida que no he vivido, pero que de alguna manera me pertenecen. Ellos saben más de mí, que yo misma. Se han apropiado de algo que sólo debía ser mío. Una vida ajena, distante, indiferente.

Le he pedido permiso al Dr. para salir. Claro que sola no, con una enfermera. Me lo ha prometido, mientras me porte bien, me darán lo que quiera, como a una niña.

Si escribo lo anterior, ese trozo que es sólo mío, se apropiarán de lo único que me ha quedado. Entrar a un lugar sagrado en mi memoria, entregarlo así, porque sí. Mi ser se rebela. Hay millones de seres en el mundo, y sólo yo he vivido y conozco esos instantes.

Era una niña tan pequeña. Nadie me tomaba en cuenta.

He salido a la ciudad. Todo ha cambiado. La última vez que recuerdo mi impresión fue distinta. Las personas quedaban lejanas, las veía de abajo para arriba. Muchos hombres se han detenido al verme pasar. ¿Se me verá en la cara que soy enferma? No, no es eso. Me he fijado en una vitrina que reflejaba mi imagen. Ya soy toda una mujer. ¿Por qué me miraban así? Les he sorprendido con la misma mirada de los niños ante un estante lleno de dulces. Mirada golosa... y al mismo tiempo sabiendo que no pueden alcanzarlos.

Tengo que averiguar muchas cosas.

Le he preguntado a María, la vieja enfermera, si podría yo, algún día casarme, llevar una vida normal. Ha contestado demasiado rápido, que sí, ha afirmado dos veces que está segura que sí.

He estado tanto tiempo entre psicoanálisis, que he llegado a aprender la fórmula. Siempre que converso con alguien trato de adivinar su verdadero pensamiento; encontrar qué tanto por ciento de normalidad tiene. El mismo Dr. piensa dos veces antes de contestarme.

Mis padres han hecho todo el viaje desde Nicaragua. Alguien debe haberles contado mi mejoría. Tal vez ellos mismos lo han sabido por mis cartas.

El Dr., estoy segura, no quería que vinieran. No me lo dijo a mí, pero lo pensó, y seguramente se los dirá a ellos. Puede estropearse todo, retroceder.

Que aroma más enternecedor tienen mis padres. Sus físicos han cambiado con el tiempo. Se nota que algo los ha hecho sufrir terriblemente.

El aroma es el mismo, un poco más rancio. Al aspirarlo me he vuelto a sentir niña de nuevo.

Seguramente el Dr. les ha dicho que se fueran, pues sólo dos días y ya se han venido a despedir. Al darles un beso he quedado como otras veces, desamparada. He vuelto a tener una impresión ya conocida. ¿Cuándo? ¿Cuándo, y dónde me ha sucedido una cosa parecida?

El mismo beso, el mismo olor, la misma o parecida situación, pero no. Debo haber soñado todo esto.

Les he prometido volver a casa para Navidad. No sé por qué en su mirada había más temor y dolor, que alegría. ¿No tendrán mi misma fe?

Recuerdo cuando estaba pequeñita. Mis her-

manos iban felices a la escuela, yo quedaba dueña de la casa, de mi madre, de los juguetes.

Mis tíos me preguntaban cada vez, cuándo iría yo a la escuela; feliz les contestaba "El año que viene". El año que viene, era para mí, una cosa muy distante, lejana, casi irrealizable. Mientras viniera el año que viene, podían suceder muchas cosas; podrían morirse mis padres, y huérfana, ¿quién me mandaría a la escuela? Cruzándome la calle rápido, y sin volver a ver a ningún lado, un carro se encargaría de que jamás fuera a la escuela.

A la mayoría de los niños les alegra la escuela, a mí me causaba pavor sólo pensar en ella. Ya entonces me enfermaba con frecuencia, debo haber sido una niña débil y muy frágil.

"El año que viene" a pesar de encontrarse tan lejano, inesperadamente vino y me matricularon. Recuerdo que mientras me alistaban los uniformes, me crucé muchas veces la calle, con tan mala suerte, que no me atropellaron. El día antes de la escuela, me tragué dos semillas de "mamón" y una chibola, pero no, no amanecía muerta.

Sí, ahora recuerdo, fue precisamente ese día... sí, entonces fue... Me fueron a dejar mis padres al colegio... me besaron y al quedarme sola... sentí ese olor de sus cuerpos que siempre he recordado y luego me sentí desamparada.

Cuando una niña sufre, nadie parece darse cuenta, y todo, todo va sumándose.

Le he comenzado a mostrar al Dr. lo que él quería. Estoy entregando a plazos, lo que he guardado tan celosamente todos estos años. Me parece una tontería que quieran saber, lo que me pasó en esa época, ya tan lejana. Pero he prometido cooperar, haré lo posible.

Ha venido el nuevo Dr. Es algo maravilloso. No guardo en mi memoria ninguna impresión ni remotamente parecida. No tengo en mis archivos ningún olor así. Huele a loción para después de rasurarse, a tabaco, a hombre.

Se ha asombrado al verme. Hizo todo lo posible por ocultarlo, pero le he descubierto. Seguramente no esperaba verme tan normal, tan joven. ¿Me habrá visto guapa? Me he puesto a propósito el vestido floreado de boca redonda que huele a campo. Sé que me sienta muy bien. Con seguridad ya le dieron a leer todo lo que manos indiferentes, cansadas de rutina, han escrito acerca de mí.

He hecho todo lo posible por desconcertarlo.

Es un famoso psiquiatra. Me ha entrado la idea de reirme un poco de él. Contestarle lo

que no espera. Ya debe haberse dado una idea de mi mal, con todo lo que le han mostrado y contado. Ahora vengo yo y lo defraudo. Me comporto de cualquier modo diferente.

No, tal vez no hágo bien. Me porto como una niña mala, que no comprende que los castigos son sólo por su bien. Debo cumplir mi promesa. Cooperar, ayudar a curarme.

El nuevo Dr. no hace más que conversar conmigo. Es simpático. Hemos llegado incluso a reñnos juntos. He tratado de parecer tan normal, que a lo mejor le he dado la impresión de todo lo contrario.

En uno de sus dedos lleva un anillo liso, debe ser de casamiento.

Quisiera un día ser lo más normal y humana que pudiera. Una mujer sin ningún problema mental, y que un hombre que huela a loción para después de rasurarse, a tabaco, a hombre, lleve en uno de sus dedos un anillo con mi nombre.

Se me ha despertado un sentimiento nuevo. Debo analizarlo, preguntar de qué se trata. Es como una sensación de cálida cosquilla por todo mi cuerpo.

El tiempo no me ayuda a reponerme. Llueve mucho. Es una brisa tan persistente, que al mirar por la ventana parece como una foto muy rayada. Estoy muy triste, no quiero comer, no quiero ver a nadie.

Algo me recuerda este día de tristeza. Sí... si cierro los ojos me acuerdo de aquel día común, que sin embargo lo tengo tan presente. Mis padres no me mandaron a la escuela porque estaba enferma.

Estaba muy contenta, pues la calentura no me bajaba. Escuchaba semi-dormida la voz de mi madre regañando a la cocinera. Me desperté del todo cuando noté que mi madre iba a salir. Me entristeció muchísimo, pero de nada sirvió. Mi madre se fue de todos modos, a pesar de mis sollozos.

Quedamos en la casa silenciosa, la vieja cocinera y yo. En la cocina se oía freír las papas. Recuerdo que esta cocinera olía a vinagre, a manteca, a sudor y a leña.

Me puse a jugar con los soldaditos de mis hermanos. Estaba atontada por la calentura. Ahora sé que todo fue mentira. Producto de mi imaginación, de la fiebre. Por mucho tiempo le he dado vuelta al asunto. Miraba claramente moverse a los soldaditos, se reían, hablaban. Incluso vi un avioncito, con su piloto en miniatura volar a la altura de mis ojos. Volaba y de repente estalló como una pompa de jabón.

La única explicación que encuentro ahora, es que yo soñaba y confundí el valor de una libélula.

Con el ruido del avioncito al desintegrarse, volvió todo a la normalidad. La vieja cocinera cantaba, los soldaditos estaban como siempre: rígidos.

De mi aturdimiento me sacó el ruido de un mueble pesado al ser corrido. Al levantar mi cabeza, noté ante mi asombro, que el reloj de péndulo se movía. Alguien lo empujaba. Era absurdo que cambiaran de lugar un mueble, sin el consentimiento de mi padre o de mi madre. Pero el reloj se seguía moviendo. Ante mi espanto vi al ser que lo empujaba. Era un monstruo negro y peludo. Perdí todo movimiento. Era el mismo ser cuya sombra me perseguiría y horrorizaría por mucho tiempo. Cuando volví en mí, todo estaba en su lugar. No había ningún ruido. Los soldaditos no se movían. El reloj mecía su péndulo indiferente. Recuerdo perfectamente cómo quería gritar y no podía, cómo quería correr y nada en mí ser respondía.

La cocinera me dijo cuando pude gritar, que no era más que el diablo que se llevaba a las niñas mentirosas.

En silencio esperé el regreso de mis padres. Nunca les dije nada.

No quería que se dieran cuenta que por mis mentiras estaba amenazada por el diablo.

El nuevo Dr. ha venido a interrumpir mis recuerdos. Viene casi diario a visitarme. Hoy me ha encontrado, tal y como soy: pálida, con el camión de la clínica. Con la cara sumergida entre los cabellos.

No ha logrado interesarme para nada. Me ha sido indiferente todo lo que me ha contado. Creo que tengo fiebre. Le he dicho que quisiera morirme pronto. Debe haber notado un gran cambio en mí. Como si hubiera conocido a dos personas.

Es raro, ni siquiera me ha consolado como acostumbra mi viejo Dr.

A lo mejor mi caso, no le interesa tanto como supongo.

El tiempo se ha compuesto. Están modernizando toda la clínica.

Vamos a tener métodos nuevos; nuevo personal. Los antiguos empleados no eran más que gente común. Los que ahora vengan serán técnicos.

Por lo menos eso se rumora entre los viejos empleados. A mí me da lo mismo. De por sí.

tal vez para diciembre, ya esté lejos y nunca más regrese.

Les he dicho que me sentía tan mal, que han comenzado a tomarme muchas muestras para exámenes; especialmente de sangre.

Ese pinchazo en el dedo me recuerda también algo. Tal vez no tanto el pinchazo como la espera. Me limpian el dedo con alcohol y mientras preparan el resto, hay minutos eternos.

En esos instantes de espera es que siento algo parecido... Sí, no es propiamente la angustia de hoy al esperar; sino que el recuerdo de otra pero igual angustia.

Ahora se me viene a la cabeza... Me parece que fue poco tiempo después de la alucinación o delirio. Comencé a consumirme de miedo, mis padres se preocuparon y comenzaron a llevarme al médico de la familia. Me tomaron como ahora muchas muestras de sangre.

Debo haber sido una niña terriblemente introvertida. Quizás, si entonces yo le hubiera confiado mi angustia a alguien, no hubiera padecido tanto entonces y después.

Pero no... sencillamente no podía decirle a nadie nada. Nadie nunca supo, por qué daba gritos durante la noche. Por qué con frecuencia comenzaba a llorar sin motivo. Alguien me perseguía y yo... yo tenía miedo a que no me creyeran. En medio de mi delirio me parece recordar que gritaba "Ahí viene", "Ahí está, detrás de la puerta", mi madre siempre me contestaba "No hay nadie, es sólo la sombra de la puerta". Pero mientras ella me contestaba, no podía adivinar cómo mi pequeño corazón revoloteaba contra el pecho.

Sí, desde ese día que creí verlo, comencé a comportarme muy raro.

Durante el primer tiempo en la casa me hacían guasa y me acompañaban. Lo terrible fue, cuando comenzaron a aburrirse.

Durante las noches me pasaba, a veces, a dormir con mis hermanos. Hasta que uno a uno comenzaron a cansarse. Los sofocaba, pues con todas mis fuerzas me abrazaba a ellos. Como de miedo no podía levantarme para ir al cuarto de baño, la mayoría del tiempo amanecíamos, mi acompañante y yo, remojados.

Cuando mi angustia traspasaba los límites de lo tolerable, estallaba. Mi padre me tomaba en brazos y me llevaba a dormir con él, en una hamaca.

El miedo se me volvía un hábito pernicioso. Si me lo fomentaban, era peor; si lo ignoraban, me descomponía física y mentalmente.

Pronto, no fue sólo de noche y en la obscuridad. Sentía horrores de día, a plena luz.

En el día todos estaban ocupados, no podían estar conmigo.

Comenzó a ser un tormento tener que ir al baño. Cuando la crisis aumentó, no podía hacer mis necesidades fisiológicas. Llegaba al baño... y de la puerta me volvía corriendo. Estaba segura que alguien estaba escondido detrás de la cortina del baño.

Pasaron tres días. La consecuencia vino pronto. Comencé a vomitar, a marearme, a tener fiebre.

Los doctores diagnosticaron apendicitis. Me tomaron más muestras de sangre. No estoy segura, pero creo, fue entonces que me operaron.

Se acaban de ir los doctores. Han tenido una consulta. No sé lo que pueda tener, pero me siento enferma.

Han dejado en la habitación sus distintos olores; es un olor a hombres que practican medicina.

Sí, este olor a tabaco, a lociones, a germicidas, a hombres, me despierta algo en medio de mi soledad.

El color del atardecer es algo violento. Están ensangrentados los cristales de las ventanas. En el espejo se refleja una copia exacta del celaje: pájaros, sangre, nubes, como gasas, teñidas por una herida.

Este nuevo sentimiento de cálida cosquilla por mi cuerpo, se hace más patente, más definible.

Estoy muy sola. Dios mío, qué sola estoy... quiero ahogarme entre las sábanas, abrazarme a las almohadas, desnudarme... sí, desnudarme.

Deseo ardientemente que alguien viniera a acompañarme. Cualquiera... no cualquiera... preferiría que fuera un hombre. Deseo que ese alguien me acariciara, me besara... no, nunca me han besado ni me han acariciado. Es más bien el deseo de una fuerza mayor que me posea. ¿Qué es poseer? ¿Qué significan todas estas cosas?

Siento en mí como el instinto de un animal que se ha despertado.

¿Pero qué son todas estas locuras? Deben ser un nuevo producto de mi anormalidad. Una persona en posesión de todos sus sentidos, no puede desear de esta manera, una cosa que parece tan extraña, tan perversa.

Debo controlarme, no seguir pensando. Todo esto es muy peligroso.

Si no lograra contenerme... no, no saldría nunca de aquí.

He apagado el radio. Puede ser que contribuya esa música tan suave y tan melancólica. Voy a tomarme las pastillas que me han dado. Son nuevas. Debe ser una nueva fórmula de tranquilizantes. Dos de una vez.

Me he embozado en las sábanas, me he apretado la cabeza con las almohadas. Para no pensar, pero... los latidos de mi corazón repercuten en la almohada; siento mis pulsaciones, como los pasos rítmicos de un centinela con tacón de metal.

En esta misma posición he estado otras veces... embozada entre las sábanas y con mi corazón dándole y dándole... pero por otros motivos... durante todas aquellas noches de terror.

Nuestro médico decía que yo no tenía nada. "Son puras mañas, mimosones; sólo hay una manera de curarla: no hacerle caso. Obligándola a dormir sola, obligándola a comprender que nada le pasa". Fue mi sentencia.

Cuando me obligaron a dormir sola, en mi cama... cómo las barandas de mi cama, y el mosquitero, llevaban el compás de los fuertes latidos de mi corazón. Si miraba el mosquitero, podía contar fácilmente todas y cada una de mis pulsaciones: una, dos, tres, cuatro...

Mientras lloraba, los corazones de mis padres llevaban también su ritmo, hasta... que no se podía dormir con tanto corazón dándole y dándole y me llegaban a rescatar.

Y todo lo que tardaban en decidirse a no hacerle caso al Dr. Y todo lo que yo pasaba mientras la sombra del ser negro y peludo me acechaba. Con los ojos cerrados lo imaginaba caminando hacia mí.

La última vez que lo recuerdo, con más claridad, me llegó a tocar. Un sudor frío me cubría... no podía hablar... no podía moverme.

Los ojos le brillaban como a los gatos, cuando se les ilumina con una fuerte luz. Yo quería huir, correr, pero él me sujetaba... cuando pude gritar... cuando pude gritar... Dios mío... Aquel grito terrible, agudo, aturdió a mi propio ser. Aquel grito, creo yo, se podía ver y tocar.

Cuando todos corrieron a mi cama, había perdido el conocimiento. No recuerdo nada. Caí como fulminada por un rayo. Desde aquella noche, comencé a perder temporalmente la razón. Comencé a separarme de mi existencia, a vivir con indiferencia; sin querer comer, sin querer jugar, y primero espaciadas y luego más

continuas las crisis de terror. Después de cada una quedaba sin conocimiento, como muerta. Cuando comenzaba a volver en mí, me sentía tan cansada.

Mis padres comprendieron que había algo más serio. No era maña, ni mimosón; había algo serio, pero ya era demasiado tarde.

Me llevaron a todos los especialistas y no especialistas. Cuántas medicinas, cuántas inyecciones. Vitaminas, reconstituyentes, y luego los tranquilizantes.

La triste verdad se aclaraba a medida que empeoraba. Había que internarme en una clínica. Desde entonces voy y vengo. No sé lo que me ha sucedido aquí o allá. Todos mis recuerdos se me confunden.

He vivido aislada. Pertenezco a un mundo propio: ajeno, distante, indiferente. En mí han experimentado muchas técnicas, muchas medicinas, y ahora que el Dr. quiere que me vuelva escritora. En realidad como él dice, es una manera de divertirme, de pasar el tiempo.

En el papel me sale fácil contar muchas cosas que siento. Lo que no me gusta es contar mis cosas en esos exámenes que me hacen, me preguntan tanto. ¿Qué tengo yo que contarle a nadie, lo que me ha pasado? A mi Dr. porque lo quiero, y porque no sé cómo me ha convenido de hacer esta tontería.

Me he calmado bastante. Tengo sueño. No quisiera que esto fuera una nueva enfermedad que me amenaza. No debo sugestionarme. Quiero volver para siempre a mi casa. Sentir, vivir cerca de mí, las personas que me quieren, oír los latidos de sus corazones. Quiero reponer todo el tiempo que he perdido. Gozar del sol, de los colores. Saciarme del mundo en que se me ha dado la oportunidad de formar parte.

No sentirme amenazada. Estar libre de mis imaginarias persecuciones.

Mañana comienzan un tratamiento intensivo... No voy a tener tiempo de escribir... Quieren prepararme bien antes de abrirme las puertas de la jaula... Como a un pájaro, que siendo débil, quieren dejarlo libre, abrirle las puertas... Me duermo. ¿Podrán resistir mis débiles alas?... No quisiera volver, pero tengo miedo... Es triste la soledad, pero es más triste estar entre los otros seres... distante, lejana, indiferente.

* * *

El plazo se ha cumplido. No quiero defraudar a nadie. Todos en la casa, me esperaban con el júbilo de un recién nacido. No sé lo que

en el fondo piensen; pero aparentan muy bien la ilusión de que me he curado por completo. Quiero tener la misma fe. Hago el mayor esfuerzo, pero tengo en el fondo una pequeña duda. No debo tenerla.

El Dr. dice que no debo tenerla, que estoy curada por completo.

Debo hacer de cuenta que nunca ha existido para mí otra vida.

Quiero aprovechar plenamente este plazo. Exprimir a mi manera toda la felicidad.

Tengo muchos vestidos nuevos, zapatos, todo lo que cualquier muchacha de mi edad pueda desear; menos, menos la seguridad. Me han llevado a arreglarme el pelo, he cambiado mucho. Dicen que me parezco a una de esas artistas famosas, que he estado viendo últimamente en el cine.

Casi todas las amistades de la casa han venido a visitarnos. Muchos vienen, más que todo por curiosidad. Para mí casi todos son extraños, trato de sonreír, y los dejo observarme.

A medida que observo a mis semejantes, saco en claro, que pertenecemos a una especie de animales.

La naturaleza parece no existir para muchos. Sólo la toman en cuenta, seguramente, los pájaros enjaulados, que recobran la libertad. Seguramente los ciegos que repentinamente pueden gozar de la luz. Existe por el momento para mí.

Siento placeres y goces de cosas pequeñas. Quiero abrirme por completo como una flor, hasta deshojarme. Que todas las abejas chupen de mi miel. Quiero que cada uno de mis pétalos, capten la luz, el aire, hasta que de tanto abrirse lleguen a desprenderse.

Mis padres nunca han tenido mucha felicidad conmigo. Quisiera entregarles en estos días, toda la ternura y la tranquilidad de que les he desprovisto. Pero no quiero propasarme, no hacer nada fuera de lo normal. Si río mucho, o si me extremo en mis cariños, pueden sospechar que tengo siempre algo anormal en mí, y entristecerse.

Me fijo en todo, observo sobre todo a las muchachas de mi edad. No puedo tener con ninguna, una amistad que se pueda llamar íntima. Hay algo entre ellas y yo. Un muro invisible, algo que nos separa.

Observo sus gestos y sus maneras de comportarse en general, para tratar de imitarlas. Quiero ser igual a ellas; que nadie note en mí algo raro.

Tal vez más adelante, cuando encuentre sucesos en común que nos unan, y sobre los cuales podamos conversar y reírnos, pueda intimar con alguna de ellas. Por el momento todo esfuerzo es en vano. Soy como una extraña entre mi misma gente.

Toda conversación es superficial. Nadie conoce lo que he vivido en mi cabeza. De tanto vivir sola, he madurado prematuramente; siento que durante siglos y más siglos he existido.

Mi felicidad no es como la de la mayoría. Es seria y triste. La gozo sola, como he vivido. Tal vez estoy mejor que en una fiesta, donde me siento continuamente observada, tendida en una hamaca en el jardín.

Viendo cómo suben y se afanan, y bajan las hormigas en un árbol. Observando sin observar las nubes. Contando sin contar los pájaros.

Leyendo sin comprender un libro. Viviendo sin vivir.

Gozando a mi manera, con mi propia alegría: seria y triste.

He asistido a muchas fiestas. He conocido mucha clase de gente. Me sentía más tranquila allá en la clínica. No tenía que fingir.

No tenía que sentir las miradas clavadas en mí, escrutadoras; tengo que erguirme y sonreír cuando siento que alguien me observa.

A menudo me siento poseída de un sentimiento tierno y triste.

Siento una nostalgia, un recuerdo. Mis padres no encuentran qué hacer conmigo; planean toda clase de cosas. Estoy tan bien, que duermo sola. Durante las noches a menudo me despierto, pero estoy tranquila. No tengo miedo. He vuelto poseída de una serenidad admirable. El Dr. me aconsejó, que poco a poco retirase la tomada de la nueva droga.

He ido a las haciendas de la familia. Nunca he sido tan feliz.

Es allí: en el campo, donde se respira alegría. La mía, ha sido contagiosa. Sólo íbamos por un día, pero yo he pedido que nos traslademos por varios más.

Las montañas tienen ya, todos sus madroños florecidos. Mi padre dice que habiendo visitado las haciendas casi a diario, es hasta hoy en mi compañía, que realmente descubre muchas cosas.

No lo confieso, porque podrían creer, que todavía no he sanado por completo; pero me gusta hasta el olor a estiércol, a vaca, a caballo, que emana del corral.

Lo que más me ha gustado, son los cañaverales florecidos. Son como ejércitos de estandartes victoriosos, mecidos por el viento. Cuando el sol sale, los estandartes son lilas nacarados; al mediodía plateados, y cuando el sol comienza a declinar, dorados.

He corrido y gozado como una niña tonta. He tenido en estos pocos días todas las alegrías que perdí, en mi verdadera infancia.

Si no me observaran, podría aprovechar plenamente mi plazo; pero me siento constantemente bajo observación, y eso me impide descargar, la tensión y la burbujeante alegría que siento en mi interior.

Quiero comportarme de una manera anormal, correr, reírme, gozar sin más motivo, que el de estar viva. Llegarme hasta el río y desnudarme, pero todo eso, es precisamente lo que no debo hacer. Lo que llamaría la atención, por proceder de mí.

Si me dejaran sola sería mucho mejor. Dormiría sin más refugio, que el del cielo; sin más luces que las de las estrellas. No tendría que fingir todos mis actos, para que todos sepan que estoy sana. No, sería libre, y espontáneamente me saciaría de la vida. Dejaría correr libremente mi sangre, y no tendría que frenar mi corazón, a riesgo de que se hiera continuamente la boca con el freno.

Todas mis plumas, temblarían y palparían como las de un pájaro.

El Dr. nunca se imaginó, al pedirme que les relatara mis recuerdos y mis impresiones, cuán en serio iba a tomar mi papel de escritora. En realidad me alivia descargarme de esta forma. No conozco a mis semejantes. No puedo confiarle a nadie mis pensamientos. Sólo hay un ser que conozco plenamente; sé lo que piensa, lo que quiere: es mi propio yo. De los otros desconfío. No sé si lograrían comprenderme.

No conozco la diferencia que pueda existir, entre sus propios seres, no los que muestran, y mi propio ser: el que realmente existe.

Me parece que la mayoría de los seres, fingen, esconden sus verdaderas personalidades. Por ejemplo, yo no soy como siento. No hago lo que quiero, trato de convencer a los demás y a mí misma. No puedo comportarme de la manera salvaje, que deseo a veces. Tengo que dar a saber a las otras personas que soy un ser normal, y nadie sabe como yo, que no lo soy.

A lo mejor, la diferencia no se notaría, si conociéramos a los demás como realmente son.

Si todos fingimos, si nadie hace ni dice lo

que realmente desea, para no parecer normal, entonces... pertenezco a la mayoría.

No soy un caso aislado. ¿Pero cómo saber, la verdadera verdad?

Desde que sé que puedo escribir lo que oculto, me siento mejor.

Siempre he sido muy introvertida. Nunca he tratado de pedir ayuda.

Cuántas veces he muerto de angustia, sola. Por gusto, puesto que siempre he estado rodeada de personas que me quieren. Pero no puedo hablar. No puedo comunicarme. No puedo entregar mi debilidad.

El Dr. no sabe que a lo mejor ha inventado un nuevo método, en psiquiatría. ¿Y si lo sabe? ¿Y si lo ha hecho adrede?

Insistió tanto para que me pusiera a escribir. Me ha prometido que sólo él y el famoso especialista van a enterarse de su contenido.

Ahora me ha gustado. Me tranquiliza más escribir, que tomar las famosas pastillas.

Las fiestas de diciembre se continúan unas tras otras. Cuánto esfuerzo por sonreír y ser agradable. Tanto como deseaba formar parte de la humanidad, y ahora comprendo que ni la alegría es de verdad.

A la mayoría de los hombres les agrado, pero pienso la reacción de cada uno, al saber que estoy lejos de lo racional.

Antes no conocía más que una verdad, ahora estoy completamente confundida. No sé, quién está peor; la gente normal que yo considero bastante tarada, o yo. Por lo menos en mí, existe franqueza, verdad.

¿Pero cuántas de las personas que me han compadecido, están peor que yo?

Mis padres me han proporcionado una gran alegría. Han alquilado una casa por un mes, a la orilla del mar; en Poneloya. Eso me hace mil veces más feliz; prefiero a todo esto, el mar.

La sociedad ha comenzado a cansarme en un corto mes. Tengo que estar continuamente mudándome y arreglándome el cabello. Esto no es vida.

Ya sueño con el ruido y el olor salado del mar. Irme a la playa y desnudarme. ¡Ah! Si pudiera realmente desnudarme. Sentir la frescura o la tibieza de la arena, directamente en mi cuerpo.

Ya no voy a gozar plenamente en todas estas fiestas. Mi ser está inquieto. Quisiera partir

cuanto antes. Estar sola entre una inmensidad, y poder libremente pensar, estar triste, llorar.

No me pueden ver triste. Se afligen, me preguntan qué siento, qué me pasa. No comprenden que nada me pasa. Es sencillamente una manera de estar alegre, de ser feliz.

A veces cuando sin motivo me pongo a llorar, me gusta observarme en el espejo, a ver cómo las lágrimas se derraman, corren a torrentes.

Tengo que encerrarme para poder llorar. Me observan continuamente.

Si me tardo mucho en el baño, alguien golpea y me pregunta si estoy bien. Es absurdo que crean que un día pueda suicidarme.

Una de mis primas me ha traído a mostrar, al menor de sus hijitos.

Es un tiernito de carne morena, y ojos negros. He sentido en mi corazón algo indefinible no sé, si fue dolor, dicha, ternura. Pero en mi pecho sentí como un estallido de placer cuando le tomé en mis brazos.

Nunca había tenido a una criatura sobre mi carne.

Es blando, caliente, dulce. Todos se sonrieron cuando la criatura, siempre golosa, por instinto, buscó con la boquita, mi pecho para amamantarse. Sentí algo terrible. Como si mi corazón me enviara de un solo golpe, toda mi sangre a la cabeza. Al mismo tiempo, aquella cálida cosquilla, se ha despertado casi feroz. ¿Cómo pudo una criatura recién nacida despertar en mí, esto que no sé cómo llamar?

No he podido dormir. Siento sobre mi brazo el peso de su cabecita, y sobre mi estómago el movimiento de sus piernas.

Quiero. Tengo el deseo de estrecharle de nuevo; de arrullarle sin testigos, y poderle besar la carita y los pies.

Nunca se me hubiera ocurrido pero... ¿Podré algún día concebir y tener un hijo? Un hijo que sea sólo mío. Una criatura como ésa.

Un cuerpecito caliente y dulce, a quien pueda llevar siempre entre mis brazos, arrullarle, besarle.

Tengo que buscar sólo una cosa. Un camino, algo que me abra la puerta cerrada para mí, de la maternidad. Con sólo uno me bastaría. Que me dejen tener sólo uno. No importa que después alegando motivos de salud me lo quitaran. No importa, pero sólo el saber que yo he sido capaz de tenerlo y acercarlo por momentos a

mi carne, sería suficiente para hacerme llorar de placer.

¿Será éste un sentimiento normal, común a todas las mujeres?

Sí, ahora comprendo el por qué de la existencia de los hombres.

El por qué, el olor de ciertos hombres despierta en mí, el mismo instinto que el pequeño niño, tratando de agarrarse a mi pecho.

Todo está relacionado entre sí. Indudablemente he vivido tan aislada, pero ahora comprendo.

* * *

Desde lejos sentimos el olor salado y fresco del mar. De lejos no era más que una pequeña cinta plateada; de cerca una inmensidad azul y tentadora. La casa es un caserón viejo de madera, pero no es eso lo que importa. Lo que importa es lo que se nos ofrece de la casa. Ésa promesa de todos estos días por delante.

Al pararme sobre la arena, he sentido la imperativa necesidad de desnudarme. Cada vez que algo me gusta, deseo desvestirme. ¿Será eso normal? Después de todo, desnuda nací. Al sentirme en contacto directo con la naturaleza me siento como disfrazada, cohibida.

Me siento como un animal que no puede esperar la próxima primavera.

Es esta primavera, no de la estación, sino de mi cuerpo, la que me urge algo, y me mantiene en un estado de embriaguez.

Todos los sobrinos y los vecinos juegan en la arena. Quisiera formar parte de su infantil desenfreno. A ellos se les permiten muchas cosas. Se arrastran por la arena, se entierran y hacen cientos de locuras. Mi edad me sitúa en una posición definida; más que mi edad, tal vez mis antecedentes. No importa, me basta con que me dejen sola. Descalzar aunque sea sólo mis pies, y sentir la arena introducirse, entre mis dedos. Por encima es tibia, pero por dentro es fresca y húmeda. A veces se me permite bañarme horas enteras, y así, puedo acostada sobre la arena, esperar a que cada ola me alcance. Cuando a veces se me olvida la existencia, oigo la ansiosa voz de mi madre buscándome. Ella no está tan convencida, su mirada ansiosa me sigue a todos lados.

La playa se llena a veces de personas. Parece que por esta época viene mucha gente a veranear. Los verdaderos amantes de la naturaleza que huyen de la verdadera temporada, que es

acaparada por la sociedad: los compromisos, la etiqueta, etc. . . y por supuesto, la incomodidad.

* * *

Nos encontramos en el atardecer. Físicamente no es un príncipe soñado; no. Pero mi ser ha venido buscando desde hace siglos su ser. Es como que hubiera soñado sus movimientos, como que todo, ya nos ha sucedido en otra vida, cuando no existía más que su ser y mi ser, el mar y el cielo, los animales.

No me sorprenden sus gestos ni sus palabras. Los he esperado tanto tiempo.

A mi vez no he tenido que revelarle nada. Cuando hablo, él desde antes me ha comprendido.

Cuando no se han acostado los pájaros, surge la luna amarilla sobre los árboles, no tenemos que decírnoslos. Entre nosotros se ha establecido algo así como telepatía.

Es demasiado pronto para decir que nos amamos, sería arriesgar mucho.

Pero nos hemos comprendido y desde un principio nuestras naturalezas se han deseado fuertemente.

Me ha encontrado en el momento preciso. En el instante que no podía más con mi soledad. Cuando todo mi ser no esperaba más que una de sus palabras, uno de sus gestos. No sé si es porque ha sido precisamente él, o porque él, como cualquier otro pudo haber sido, vino precisamente cuando lo necesitaba.

¡Dios mío! La naturaleza se empeña en defraudarme. Hacía tantos siglos que ya lo había olvidado, y de repente. . . No, no puedo soñar. No puedo contar con un futuro. No puedo decir como otros seres "El año que viene encontraré lo que sueño".

Lo había olvidado. Anoche me sobrevino una crisis. Me acosté tranquila, haciéndome ilusiones. Me desperté como otras veces aterrorizada, fuera de mí, trastornada. Mis propios gritos me despertaron, mis propias manos desgarraron mi carne en un intento por salvarme.

Como otras veces mis padres trataban de calmarme. No sé cuánto tiempo grité, no puedo apreciar cuánto sufrí, sólo sé que de nuevo su sombra me perseguía, trataba de alcanzarme.

Cuando pude apreciar claramente la situación, ya en la habitación se sentía el olor conocido del alcohol. Otra vez todo lo viejo, de nuevo. El brazo me dolía. Mi ser ya estaba

dominado; pero no por mi propia voluntad, sino por un agente externo: Un tranquilizante.

He sufrido. Ya había casi logrado dominarme. Mi autosugestión era tan fuerte junto con el deseo de vivir. Pero al soñar me descuidé.

De nada sirve que los otros me observen y me cuiden; no, si yo descuido mi subconsciente, todo esfuerzo se pierde. Sólo mi propia fuerza mental puede controlarme.

Este aviso cambia la situación. No puedo dejar nada de lo que deseo, para más tarde. Debo vivir hoy. Saturarme de la vida, mientras estoy viva. El cuerpo solo, sin mente, está prematuramente muerto.

Si mañana mueren mis padres, quizás los demás no tengan la paciencia de observarme, me podrían llegar a tener incluso miedo. Soy inofensiva.

Quisiera como otras veces lo he deseado, morir. Descansar de una forma definitiva. No tener la lucha conmigo misma. Descansar en Dios.

Si Dios quisiera. Le sería tan fácil. Nada de jo. Sería quizás un descanso para todos.

¿Y si interpretara la voluntad de Dios? ¿Cuál sería su voluntad?

Me meto a cosas difíciles. Tal vez yo disfrute más de la vida, que los otros. A nadie más que a mí produce tanto efecto la naturaleza.

He visto a muchas personas indiferentes a las puestas del sol.

Mientras que yo. . . Cada vez que se hunde, le sigo hasta el último instante, porque tal vez mañana. . . Tal vez mañana no pueda apreciarlo conscientemente.

* * *

Nos encontramos todos los días. Nos encontramos mejor rodeados del silencio de las palabras. Nuestro deseo es mutuo.

Me han dejado mis padres cierta libertad. No dicen nada si paseo sola con él. Los dos descalzos sobre la playa.

Deben comprender mi situación. Vuelvo a veces tarde, pero ignoran mi conducta.

No tienen por qué preocuparse. Nuestras diversiones, son simples y sencillas. Nos limitamos a pasear, o a estar sentados sobre la arena, en silencio; enlazando nuestros pies desnudos. No nos preguntamos nada. No me importa lo que pueda contarme de otros días. Yo, hasta ahora existo. Mis padres conocen a su familia. Yo no quiero saber.

Cuando intenta hablar del futuro, rompiendo el hechizo del presente, cierro los ojos y me ausento.

A veces habla de conversar con mis padres. No, ni un momento. Ellos tratarían de entregarle la verdad, la cual no sé, hasta qué punto ignora. ¿Y si sabiendo la verdad, él se quisiera arriesgar? No, no creo que se arriesgaría. ¿Pero si él quisiera? . . . No, sería yo la que no lo permitiría. ¿Y si los dos de acuerdo nos quisiéramos arriesgar? . . . No, sería una locura. No es tanto mi felicidad la que me importa . . . sino la de él. Sobre nosotros estaría siempre una sombra, acechándonos. No podría vivir, ni amarle con naturalidad.

Siempre me limitaría la conducta. Fingiría. Fingiría siempre para que no dudaran de mí. ¿Y él? El siempre me observaría. Además . . . ¿Estaré mentalmente capacitada para la maternidad? Es lo que más ansío, un hijo. ¿Y la herencia? ¿No estaría mi hijo amenazado a la locura?

Ha sido para mi mal que le he encontrado. Se ha despertado en mí una necesidad, un deseo, una urgencia de vivir. Ahora y para siempre anhelaré su cercanía. Su calor, su olor. Si nos separamos, jamás volverá a tener finalidad mi vida. Mi deseo se marchitará sin haber fructificado. Recordaré siempre la vida que perdí, sin haberla tenido.

Transcurren los últimos atardeceres en una playa solitaria.

Allí esperamos tendidos sobre la tibia arena hasta que naufraga el sol ensangrentado; hasta que regresan los pelícanos y los pájaros marinos; hasta que la marea creciente borra en la arena la huella de todo lo existente.

Quisiera que la vida fuera como una playa, que bastara una ola para borrar todo lo pasado.

A veces nos bañamos cuando la luz en su fuga comienza a diluirse. El agua es entonces tibia, pero más fresca que nuestros cuerpos ardientes.

Estoy en un gran peligro. No puedo contenerme. En mí sólo existe un deseo inexplicable, una urgencia de entregarme. Abrirme como una flor. Desojarme. . . Morir.

En mi camino sólo hay una pendiente cortada a pique. Mi corazón se ha desbocado, es inútil todo freno. Me desbordo y mi débil razón no es suficientemente fuerte para contenerme.

Pareciera que la naturaleza ha sido nuestro cómplice. Todo nos ha llevado a lo inevitable.

Mi imperativo deseo de desnudarme. El mar brillante con la luna llena. Las olas muriendo

con sonido de silencio sobre la playa, ribeteadas por la luna.

No, no bastó el enlace de nuestros pies desnudos, no fue más que un preámbulo, un prólogo.

No habiéndomelo enseñado nadie ya lo sabía. Actuamos sin maldad al querer alcanzar la eternidad pero . . . pero después el mar, la noche, la continuidad indiferente de las vidas y de las cosas; todo era como una gran tristeza que nos acusaba de una culpabilidad producto de un segundo. No era más que una ley de gravedad.

Cuanto más alto se sube, más bajo se cae.

Lo que más me entristeció fue ver toda su fortaleza, toda su virilidad que yacía sollozante sobre la arena. Su arrepentimiento se asemejaba a un dolor físico.

Mi piedad sólo podía compararse en tamaño con mi amor. Se ha golpeado la cabeza con las manos, y al reprocharse él me ha reprochado a mí. Yo que estaba supuesta a detenerlo . . . yo que le necesitaba tanto . . . que no podía con mi propio corazón.

He estado siempre sola. Nací sola y es hasta hoy que conocí la compañía.

* * *

Y ahora que no podemos borrar en nuestras mentes, como el mar borra con una sola ola, todo lo que se ama sobre la arena; he llorado toda la noche. No puedo como un ser normal asumir la responsabilidad, no, no puedo. Debo fingir ahora que estoy loca, fingir todo lo contrario. Me aterro ante una decisión, quiero regresar a la jaula segura de mi locura.

Quiere venir a hablar con mis padres . . . no se trata de un juego, tengo que escoger. Ante mí hay una vida seria, responsable. El no experimentaba en su ser, jugaba en serio. O una vida irresponsable, despreocupada, abandonada y oscura. No sé, a cuál estoy capacitada para enfrentarme.

¿Cómo tranquilizarme? ¿A quién contarle mi angustia? Ya los tranquilizantes químicos no me sirven. Si hoy callo, quizás no vuelva a tener un plazo, me trastornaría para siempre.

El Dr. ha acudido a mi urgente llamado. Me escribe diario una carta. El otra vez. Un día me sujetó en mi loco e infantil terror; hoy acude y me ayuda, se hace responsable. No es más que terror a la cordura, no me sujeta, me suelta.

Según él, debo arriesgarme. En sus cartas me explica, que hoy nada me amenaza, que debo

comprender y sugestionarme con la verdad, no con la ficción.

Todas mis angustias de mi adolescencia, no fueron más que un producto de mis alucinaciones y delirios de la niñez. Debo saber que si toda la verdad se hubiera sabido a tiempo, me pudieron haber curado en unos pocos meses. O si a tiempo me hubieran tratado, no mi cuerpo, sino mi psiquis.

Debo sobreponerme, comprender que todo era mentira, pesadilla, producto de mis delirios infantiles y de la riqueza imaginativa.

El motivo según ellos está claro. Conociendo la verdad, no puedo temer lo que yo sé, nunca ha existido. Mis hijos no pueden heredar tan fácilmente mis cualidades imaginativas. Conociéndome yo, puedo a tiempo salvarles, si les notare alguna inclinación deficiente.

Me pide en sus cartas que con todas las fuerzas de mi voluntad coopere. Si hoy no logro vencerme, estoy perdida para siempre.

Con este fracaso voluntario, ellos ya no podrían ayudarme, y perdería cualquier otra oportunidad de liberarme de mí misma.

No debo pensar jamás en volver a la clínica. No puedo volver puesto que estoy curada por completo. Me suplica que deje de pensar en mí, que de ahora en adelante me entregue a los demás. Que viva una nueva etapa, no sola, sino en compañía.

Ante mí se extiende un mar profundo y tempestuoso. El Dr. me suplica, que me fuerce a echarme a nado, que no me detenga, que no vuelva a ver atrás; aunque me sienta exhausta, aunque me sienta morir. Haré lo que se me pide, aunque naufrague.



Claribel Alegría

Juego de Espejos



CLARIBEL ALEGRIA nació en Estelí, Nicaragua, en 1924, pero vivió desde sus primeros años en El Salvador, habiendo adoptado la nacionalidad de este último país. Reside desde hace varios años en Europa. Sus dos novelas las ha escrito en colaboración con su marido, Darwin J. Flakoll: Cenizas de Izalco (1966) publicada por Seix Barral de Barcelona y finalista del premio "Biblioteca Breve"; y Juego de Espejos, aún inédita, y de la cual se publica una parte en este número. Ha publicado también varios libros de poesía.

Claribel Alegría
Ca'n BlauVell
Deyá
Mallorca, ESPAÑA

Juego de Espejos

Nada en la cabaña que hablara íntimamente de una presencia humana; nada, ni siquiera una silla perezosa que a través de los años hubiera cedido hasta delinear con hondas depresiones una silueta invisible. Podría ahora mismo levantar la tetera, revisar sus abolladuras y la costra gruesa del interior y pensar: Fue él quien la golpeó contra la estufa allí, él quien dejó que esa costra blanca se acumulara, él quien usó el mango hasta ajustarlo al contorno de su palma. Pero no. Era sólo su propia mente elaborando una red de asociaciones imaginarias alrededor de lo que imperturbablemente seguía siendo una abollada tetera de aluminio.

Ninguna sorpresa, ningún mensaje, ni siquiera un objeto personal en la cabaña de una sola habitación; todo tan austero como la celda de un monje o una barraca quonset. Había un catre oxidado, una mesa, tres sillas y, bajo la ventana, la pequeña estufa de leña con anaqueles a ambos lados para comestibles, cubiertos, platos, tazas. Al fondo, a lo largo de la pared, el taller de carpintería. Apenas lo mínimo.

¿Cómo llenaría Frank todos esos vagones vacantes de sus días, uno tras otro enganándose hasta formar el interminable tren de los años? Los objetos en la pieza no le daban ninguna clave; permanecían tan herméticos, tan silenciosos como había sido él. ¿Qué obsesiones correteaban por los pasillos de su cerebro mientras divagaba hora tras hora en la oquedad sin incidentes del desierto? Cuando la novedad se acaba, la mente sólo es capaz de elaborar las ideas que tiene almacenadas, haciéndolas girar sin fin en la ruca solipsista hasta que se convierten en manías. Nuevos pensamientos son forjados entre los martillazos del dilema y el yunque de la equivocación y Frank, en estos alrededores sin acontecimientos, sólo pudo haber nutrido sus prejuicios. Cualesquiera que éstos hayan sido, se los llevó consigo sin dejar siquiera un rastro.

La hipótesis de Carl se podría aceptar si no

hubiese sido por el hecho de que Frank ya otras veces había desaparecido sin molestarse en decirle a nadie dónde iba, o tomarse el trabajo de escribir una vez llegado a su destino. Cuando dejó a Johnny con Carl y Marie y regresó a su trabajo de Boulder Dam, les garrapateaba cada dos meses una brevísima nota sin noticias y enviaba con ella un giro postal de 60 dólares para el sustento de su hijo. La monotonía de sus misivas debe haberlo avergonzado. Pasado el primer año dejó de escribir y simplemente enviaba con toda puntualidad el giro, doblado dentro de una hoja blanca de papel.

Una vez al año aparecía sin avisarles y en los intervalos en que no escuchaba aburrido los chismes de Marie acerca de viejos amigos y vecinos del medio oeste, hacía intermitentes esfuerzos por acercarse a su hijo. Durante una de esas visitas llevó a Johnny a pescar mar adentro en el lanchón que solía estar anclado cerca de los lechos de algas. De camino para el desembarcadero algo del entusiasmo del muchacho se le contagió y por unos cuantos minutos sonrió y empezó a bromear con naturalidad, como siempre lo hacía Carl. Pero una vez en la lancha de motor se puso amarillo y volvió a su mutismo. Cuando subieron al lanchón se acostó bajo cubierta y ni siquiera mojó un sedal. Fuera de esa única vez hubo siempre una pared entre los dos que ninguno pudo romper.

Durante sus primeros años en San Diego a Johnny lo perseguía el miedo terco y enfermizo de que su padre apenas lo toleraba porque había heredado el pelo, los pómulos y la quijada mexicanos de su madre y que cada vez que lo miraba debía sentirse desgarrado por la deserción de su mujer y recordar que el hijo llevaba en sus venas la sangre pérfida y viciada. Es este odio mudo, se decía Johnny, el que como una mano amputada y leprosa se interpone entre los dos. Más tarde se dio cuenta de que su padre se comportaba de la misma manera torpe y taciturna con Marie y con Carl; el miedo inicial disminuyó y empezó a ver a su padre como a

un solitario, un hombre que se mantenía aislado aun en la intimidad forzada que imponían las barracas en la represa; un aguafiestas que se sentaba aparte contemplando impassible el ruidoso alboroto que hacían los demás mientras se vestían para ir a la ciudad el sábado por la noche.

Quizá fuese el juego su vicio secreto: la pasión inconfesada que sólo se dejaba traslucir en la obvia incomodidad que sentía cuando se encontraba con el resto de la familia. Después de todo, los naipes habían constituido la gran falla del abuelo Adán y pudo haberse transmitido por la sangre como la fiebre del oro de los Asvogel. Si ese era su pecado, debe haber sido un perdedor innato; nunca parecía tener dinero extra a pesar de que como capataz indudablemente ganaba un buen sueldo y Johnny era su única obligación. Condujo siempre un auto viejo, el cual con cierto orgullo él mismo reparaba evitando así que se cayera a pedazos. Casi no gastaba en ropa, iba vestido con pantalones de dril muy limpios pero bastante usados, una camisa gruesa de trabajo color beige y botas que le llegaban al tobillo. Puede que ni siquiera haya poseído un traje: su única concesión para los actos sociales era la de ponerse una corbata atada por un nudo estrecho, una chaqueta de cuero y zapatos negros.

¿Gastaba su dinero en mujeres? Según Johnny no parecía que eso estuviera de acuerdo con su personalidad, a pesar de que cuando niño elaboró una historia que le encogía el alma, en la cual su padre también lo había abandonado dejándolo con Marie y Carl mientras regresaba a una segunda mujer y a otros hijos en su dichoso hogar de Las Vegas. Más tarde esa visión acosadora fue por fin desvanecida por la visible soledad que su padre acusaba en el rostro y por el obvio desarraigamiento en sus vagabundeos subsecuentes.

La primavera en que Johnny se iba a recibir de bachiller Frank se apareció antes de tiempo y sin avisar. Después de romper el hielo con las formalidades rutinarias y escuchar la chismografía de Marie, mencionó de pasada que el trabajo de Boulder Dam había concluido y que estaba pensando volver a la perforación de pozos de petróleo. En el segundo y último día de su visita, durante un momento en que Marie estaba en la cocina vigilando el progreso de su cena, le preguntó a Johnny qué pensaba hacer después de bachillerarse.

—Me gustaría ir a la Universidad y seguir periodismo.

—Mm —gruñó mientras Marie se apresuraba otra vez a la sala para reestablecer el monopolio

de la conversación y esa fue la última frase que cambiaron acerca de los futuros planes del muchacho. Frank ni siquiera se molestó en expresar su convicción de que cualquiera que se ha graduado de bachiller está preparado para defenderse en la vida. Antes de emprender su viaje de regreso le dio a Marie cien dólares: justo lo suficiente para pagar por la comida del hijo hasta el fin del semestre. Su viejo sedán se apartó de la acera jadeando y desapareció en la esquina. Esa fue la última vez que la familia lo vio o supo de él durante los cuatro próximos años.

Las Navidades previas a la graduación de Johnny en la Universidad volvió a surgir del limbo sin anunciarse con dianas o pedir excusas, como si sólo se hubiera ausentado para ir a la farmacia a comprar un paquete de cigarrillos. Pasaron varias horas antes de que mencionara que sí, que había estado trabajando con una compañía petrolera independiente en el este de Texas y que había pasado muy ocupado desde que la guerra comenzó, con la carestía de petróleo y demás.

Mientras Johnny juntaba fuego en la decrepita estufa de leña y batía una pasta de pancakes, reflexionó acerca de los años de esa otra desaparición y mirando por la ventana el sol naciente se sorprendió pensando en Billy Cameron, su compañero de trabajo en la tienda del viejo Thudium.

Era fornido Billy —había sido boxeador medio peso— y podía acarrear la cuarta parte de un buey desde la cámara frigorífica hasta la mesa de picar carne, sin soltar un gruñido. Thudium, en cambio, era decrepito y casi ciego, pero aún podía añadirle peso a la balanza con su pulgar sin que la aguja trepidara. Le tocaba a Billy cercenar y cortar además de hacer los viajes de reparto. A las seis de la tarde cerraban el mostrador de carne fresca y llegaba Johnny a hacerse cargo del estante de carnes frías hasta la media noche.

Kathy McGrath cabía también dentro del marco. Era una de las clientes asiduas de Johnny: más o menos dieciséis años, rellenita, cabellos color de miel que le caían hasta los hombros y una nariz respingona. Su padre era un cadavérico pintor de carteles que había engendrado ocho hijos y que sistemáticamente se emborrachaba todos los viernes con el dinero del gasto para olvidar su locura. Eran miserablemente pobres, vivían apiñados en una casucha desplumada y sin pintar, entre la panadería Sunshine y una venta de autos de segunda mano. Bejucos enmarañados y parches de hierba seca cubrían el pedazo de terreno que servía de entrada. Un camión viejo y destartado se

mantenía frente al garage sentado sobre cuatro ladrillos. Cada vez que Johnny pasaba junto a la casa le daba una pataleta de indignación contra la negligencia de esas gentes. ¿Cómo es posible, se preguntaba, que una exquisita criatura como Kathy haya podido florecer entre semejante páramo? Rabioso también porque no podía salir con una muchacha de padres así.

En las noches en que Kathy no podía llegar, entraba la madre desaliñada y gorda arrastrando sus pantuflas, o mandaba a uno de los hijos, peludos y descalzos, eternamente vestidos en overoles y Johnny les daba ocho rodajas de salame por una moneda de a diez. Cuando llegaba Kathy le deslizaba dos rodajas extra —una para cada miembro de la familia— y pretendía no fijarse en que la aguja pasaba la marca de la media libra. Tardaron en darse cuenta, pero al fin se avivaron y Johnny no volvió a ver a ninguno de los otros.

Nunca pudo reírse o bromear con ella como lo hacía Billy con todas las muchachas bonitas y las amas de casa jóvenes. Mientras le preparaba el paquete se conformaba con hacerle algún comentario sobre el tiempo y ella respondía sin levantar los ojos. De vez en cuando juntaba valor y le clavaba una mirada intensa y significativa, dejando la mano extendida para que sus dedos rozaran los suyos al entregarle la moneda.

Billy era soltero, no más de veintiocho años; su biografía le habría fascinado al Dr. Kinsey. Como resultado de un accidente de fútbol tenía un testículo ascendido, y según él, eso lo había dejado estéril. Era de lo primero que les contaba a las muchachas que salían con él. Una tarde, con un dejo de melancolía en la voz y un desconsolado meneo de cabeza, repitió la rutina para Johnny.

—No, no pienso casarme. Sería injusto. Es terrible para un hombre saber que jamás le podrá dar un hijo a su mujer.

Estalló en una carcajada y fingió darle un puñetazo a Johnny en el estómago.

—Nunca falla, carajo. Una vez les has despertado la curiosidad a las mujeres, consigues lo que se te antoje.

Johnny adquirió mucha sabiduría sexual los viernes por la noche. Billy se quedaba hasta muy tarde para ayudarle a limpiar las cajas de pescado y carne y minuciosamente le describía la noche del sábado con las tres enfermeras sin prejuicios del hospital Mercy, las atenciones sofisticadas de que lo hacía objeto la azafata de ojos atigrados, quien al sólo tocar tierra le telefonaba desde el aeropuerto Lindbergh, o el

episodio del ama de casa en la Calle Olive —una de sus clientes más fieles— que apenas tuvo tiempo de meter bajo la cama los pantalones y zapatos de Billy mientras él recogía al vuelo sus calzoncillos y su camisa y se arrojaba por la ventana antes de que el marido entrara. Un gran raconteur Billy: hacía a cualquiera vivir lo que pasaba a medida que tejía los episodios.

El viejo Thudium como buen alemán de clase media veneraba la cultura y se sentía halagado de que un estudiante universitario se ocupara de su venta de carnes frías; tácitamente estimulaba a Johnny a que leyera o estudiara, siempre y cuando no hubiera clientes a quienes atender. Billy también parecía sentir cierto respeto por su status académico, o quizá una pequeña punzada de sordo remordimiento porque su camino había tomado otra dirección. Siempre que se acostaba con una muchacha universitaria le preguntaba a Johnny si la conocía. A veces cogía uno de sus libros —un texto de biología o una novela para el curso de literatura inglesa— y lo hojaba con reticente admiración.

Esa noche llegó a la hora de cerrar. Había estado en el Hollywood Burlesque y le repitió a Johnny con profusión de gestos el nuevo acto de "Say no more, Joe", que narraba los enredos de Joe cuando perdió las gafas de lentes gruesos y cambiaba una serie de malentendidos con la corista de grandes pechos que vendía globos.

Se encaminó a la sección del almacén mientras Johnny escondía el dinero detrás de los lomos de puerco en la cámara frigorífica y cuando salió apurado poniéndose la chaqueta, Billy lo esperaba con una bolsa de papel en la mano.

—Ven —dijo—, se me ocurre algo.

No le ofreció más explicaciones, pero a Johnny nunca se le habría pasado por la mente rechazar la invitación de camaradería que le hacía Billy. Se dirigieron hacia el centro de la ciudad ensordecidos por el estruendo de su poderoso Modelo B y Johnny, con la imaginación, se vio auxiliándolo con las tres enfermeras sin prejuicios. Estacionaron junto a los rieles y Billy, bajo la luz del tablero, verificó la hora en su reloj.

Justo a tiempo —gruñó—, y empezaron a caminar de prisa tropezando a veces contra los durmientes y las vías de ferrocarril hasta encontrar una hilera de vagones vacíos. Descubrieron uno con un cerro de paja adentro, subieron esparciendo la paja alrededor para que les sirviera de colchón y se desparramaron por el suelo.

—¿Dónde vamos?

—Shh. Hay esbirros.

Un detective ferroviario pasó a su lado y distraídamente alumbró el vagón con su linterna, pero Billy había colocado un montón de paja entre ellos y la puerta y los dos se mantuvieron con las cabezas gachas. Cuando al fin arrancó el tren gatearon hacia la puerta, se sentaron al borde con las piernas colgando sobre los rápidos durmientes y encendieron dos cigarrillos. Billy produjo una botella de **Four Roses** de su chaqueta de cuero y le ofreció un trago.

—Es un viaje largo —dijo—, bien podemos dormir un par de horas.

—¿Qué haremos para regresar? —quiso saber Johnny—, pero Billy ignoró su pregunta.

Johnny despertó con su amigo sacudiéndolo por el hombro y extendiéndole la botella.

—Uno para despertar —dijo—, apróntate a saltar.

Lentamente y resoplando subía el tren la colina. La luz del amanecer se filtraba por la puerta. El paisaje era árido, rocoso, desolado: un paisaje de desierto con arbustos de manzanillo, cactus, manojos de hierba seca y de vez en cuando una yuca entre las rocas. El **Bourbon** le abrió a Johnny una huella ardiente hasta el estómago haciéndolo lagrimear y eructó un sabor a heno mohoso. Los gruñidos de la locomotora llegaban hasta ellos a través de una pared de roca. Billy guardó la botella y recogió la bolsa de papel y la cantimplora.

—¿Esto? Fíjate en mí.

Se sentó cerca del borde de la puerta y cuando el tren, a unos diez kilómetros por hora, llegaba a la cumbre de la colina, se arrojó hacia adelante y cayó corriendo junto a los durmientes. Johnny lo siguió después de un pequeño titubeo que lo llevó veinte varas más allá de donde Billy había caído, perdió pie y se raspó las palmas al caer. El tren volvió a tomar velocidad y el último vagón pasó rechinando junto a ellos. Al otro lado de las vías la vertiente de la montaña se inclinaba en una suave y larga curva hasta el suelo del desierto donde las yucas y los cactus de órgano guardaban solitarias vigiliás bajo la luz que ascendía. Billy señaló con el dedo. En el horizonte del este las cumbres de las montañas estaban encendidas; una sola nube gris se volvió rosa y luego dorada mientras ellos la contemplaban. De la silueta del desfiladero brotó un aura amarilla y la negrura espesa de la colina más cercana se fue poco a poco diluyendo hasta convertirse en azul morado.

Billy se adelantó hacia un espacio limpio con un círculo de piedras en el centro, ennegrecidas

por el humo, y recogió un tarro de lata cubierto de hollín.

—Todavía aquí —dijo con satisfacción y empezó a recoger bejucos y ramas muertas.

—¡Mira! —le llamó Johnny la atención.

Billy se puso de pie volviéndose justo a tiempo para recibir en los ojos el primer rayo de sol rojo cereza que les llegaba desde una grieta en la colina más lejana.

—¿No es lindo? —dijo agachándose de nuevo para proseguir su trabajo de anfitrión. Sacó de la bolsa de papel una pequeña lata de café Maxwell, un paquete con cubos de azúcar, seis bollos de pan y media libra del tocino que robó del compartimiento de carnes frías mientras Johnny escondía el dinero. El café empezó a borbotear con ese aroma especial que toma al aire libre. Frieron las tiras de tocino sosteniéndolas en ramitas sobre el fuego. La grasa chorreaba y explotaba sobre los carbones con un chirrido ostentoso. Se recostaron en el suelo desnudo a comer los sandwiches y mientras se pasaban del uno al otro la lata de hollín, contemplaron el enorme globo rojo del sol que atravesó las montañas y anegó el desierto en resplandores rosa.

Oyeron regresar el tren de Yuma. Cinco minutos antes de divisarlo lo oyeron jactarse subiéndose la colina y bajaron unas doscientas varas para salirle al encuentro. Billy arrojó su cantimplora en un vagón abierto, empezó a trotar junto al tren, puso las manos sobre el piso y se empujó hacia arriba en un solo movimiento serpenteado. Johnny quiso imitarlo pero se quedó trabado a medio camino con el vientre y la mejilla en el suelo del vagón y las piernas sacudiéndose en el aire. Billy lo cogió por el cinturón y lo acabó de subir con una mano. Hablaron con naturalidad. Billy le contó cómo durante la depresión había viajado gratis en trenes de carga durmiendo en campamentos para vagos. También le confesó que no aguantaba quedarse mucho tiempo en un mismo lugar, que ya estaba harto de California del Sur y que tenía ganas de mudarse a Oregón o a Washington.

Pocos días después recogió su pago y Johnny nunca más volvió a verlo. Un mes más tarde él también dejó la tienda y empezó a trabajar en otra más cerca de su casa. La última noche le dijo adiós a Kathy y ella le aseguró que le daba pena que se fuera. Empezó a salir con uno de los matones de Road Ramblers y de vez en cuando Johnny la veía sentada junto a él con su cabello rubio al aire y atravesando el pueblo

a toda velocidad en un Ford deportivo con cabezas de cromo y carburadores gemelos.

Alvaro tosía, escupía, dejaba correr el agua con furia, hacía gárgaras, se ahogaba como una foca juguetona en la sala de baño, mientras ella seguía dormitando entre sábanas tibias.

¡No quedarme en la cama haraganeando! ¡De pie! A preparar tostadas y café. Nada que hacer. Me levanto porque quiero. Aventura, juerza, emoción. Rápido a hervir el agua. Demuéstrale que eres una perfecta **Hausfrau** además de aterciopelada y sinuosa compañera de lecho. Engáñalo con tostadas de canela. Arriba. A la cocina con tus chinelas, tu bata desteñida, tu pelo alborotado, tus ojos a medio abrir. Arriba. Arriba.

Se subió el edredón resbaladizo y se cubrió un hombro. Se hundió bajo las sábanas por los últimos treinta segundos. Alvaro se afeitaba; el agua corría a torrentes en el lavabo.

Johnny era el ser más dormilón del universo. ¡R-r-r-ing! sonaba el reloj despertador a las siete y empezaba a dar manotazos en el pozo del sueño. Se sentaba de un salto sacándole la frazada, apagaba el timbre desconcertante, volvía a caer horizontal sobre la cama como golpeado por una botella. Los minutos pasaban horadando sus oídos. Permanecía echado, muerto. Ella, cada vez más despierta, resistiendo el deseo de sacudirlo, sacarlo de la cama, ponerle fin al suspenso cotidiano. Nunca lo hizo. Finalmente un mugido apagado:

—¡Ah, los degenerados, los robots!

Otro quejido mientras se encogía, se estiraba, se levantaba por fin como un Lázaro de su ataúd. Sentado a la orilla de la cama levantaba del suelo un calcetín, lo sostenía en una mano paralizada, lo estudiaba sin comprender —¿un mapa del tesoro en sánscrito? ¿Una gorra de leprechaun después de un estornudo?— por un minuto largo antes de estirarlo con rabia sobre el pie.

Despierta ahora. Alvaro volvía a ordenar con ruido su útiles de afeitar. Suspiró, echó hacia un lado las cobijas y saltó de la cama.

El pan en la tostadora, la llama de gas lamiendo el asiento de la cafetera: cuando Alvaro emergió los platos estaban ya sobre la mesa. Se deslizó en silencio junto a él y desapareció en el baño a preparar su rostro cotidiano.

Las calles que llevan a la aduana estaban abarrotadas con fanáticos de fútbol que caminaban o iban en autos, motos, bicicletas. No había cerca un lugar para estacionarse. Dejaron

el Fiat en una calle lateral. Caminaron despacio, precedidos por una pandilla de pre-adolescentes que pateaban y arrastraban los pies canturreando: "Guay, guay, guay, como el Uruguay no hay", hasta llegar al puerto y meterse en la estridencia ensordecedora de la banda de bomberos. Alvaro se abrió paso con los codos a través de los rieles donde a ella se le pegaban los tacos, junto a grúas esqueléticas y antediluvianas, alrededor de nudos de estibadores que descargaban a lo largo del barco. Su tarjeta de prensa le abrió la pasarela —otro tramo difícil para tacos altos— y subieron a bordo. El le oprimió un brazo.

—Divertite —dijo desapareciendo entre los fulgores restallantes de las flash.

Automáticamente Rita le volvió la espalda a la multitud que rodeaba a los héroes, subió por una serie de empinadas escaleras de hierro y se encontró sola sobre cubierta. Apoyó las manos sobre la baranda, contempló el agua lodosa y quieta con su carga de tablones mojados, de botellas a medio sumergir, de regueros de aceite iridescente, de gaviotas chillonas y ávidas. El Cerro, luciendo el pequeño gorro de la vieja fortaleza, se delineaba frente a ella glorificado por el sol. Un herrumbroso buque de carga se deslizó hacia la entrada del puerto.

Se sintió inquieta por la multitud, por la música de banda, por el tirón magnético de lugares lejanos, por la sensación aguda de posibilidades que experimentaba siempre en los muelles, los aeropuertos, las estaciones de ferrocarril, aunque sólo se encontrara allí para dar la bienvenida o despedir a alguien. Barco, avión, tren: un paréntesis en espacio y tiempo, una inestable tierra de nadie donde el umbral de lo inesperado queda al próximo paso.

El Pacífico es índigo, implacable, con hinchazones lentas y medusas gigantes a lo largo de las costas del Perú y Chile, con toninas que dan vueltas y se rascan alrededor de la proa, y hasta una ballena a veces mostrando a la distancia el plumaje de su cafetera. Regresaba de la muerte de su padre. Había pasado el día perfeccionando el tostado de su piel, aceptando pasivamente el sol, la inconexa conversación sobre libros, México, compañeros de viaje excéntricos con los cuales no se tropieza en la terrestre vida cotidiana. Las estrellas eran gordas, bajas. La brisa, cálida. Del baile de gala que ofrecía el capitán subían inflexiones de tambor y de corneta. Carlos había pasado una mano a lo largo de su brazo sensibilizado por el sol. Le acarició un hombro, la garganta; la atrajo hacia él para un beso largo, explorador, atrevido, aletargado, urgente. Así de simple: su brazo rodeándole la cintura, impulsándola, guiándola

la, ayudándola a bajar las escaleras, a atravesar el pasillo solitario hasta llegar a su camarote. Ella, desabotonándose el vestido sin pensar, sin sentir los dedos, antes de que él cerrara la puerta con llave. Un switch situado en alguna parte la había encendido, apagando a su vez el super ego. Contempló con lucidez los estremecimientos, las contorsiones de su desatado cuerpo bajo el tacto. Observó la voracidad con que husmeaba, se extendía, absorbía, envolvía a Carlos, lo estrujaba hasta dejarlo exhausto junto a ella en la litera. Su primer pensamiento estructurado se levantó en una burbuja de risa silenciosa (el switch del super ego continuaba desconectado; se mantuvo siempre así con respecto a esa noche inexplicable): mañana experimentaría la misma plenitud con Johnny, arqueándose, esforzándose, receptiva, devorada y devoradora, traspasada, quemándose sobre las brasas de su larga abstinencia. Fue esa oleada de anticipación la que al próximo día la impulsó en el muelle hacia su brazos: pupilas dilatadas, inocente, ávida. La conversación de Valparaíso hasta Santiago fue inconexa. El oleaje crecía. Se levantó más alto cuando Johnny abrió la puerta de la casa y culminó sobre el sofá tras una estela de trapos desparramados por el suelo. ¿Duplicidad? Ni pizca. ¿Dónde estaba el switch?

—Lindo, ¿no? —dijo Alvaro poniendo una mano sobre su hombro.

—Me asustaste —lo volvió a ver Rita—. Qué rápido eres.

El se encogió de hombros, despectivo.

—Cuestión de práctica, sólo hablé con el entrenador; en diez minutos lo dejé seco. ¿Qué decís si nos vamos?

Bajaron las escaleras hasta llegar a primera y de nuevo se abrieron paso a través de la aligerada multitud y llegaron a la pasarela. Los héroes habían desembarcado. Se iba la gente.

—Si me esperás mientras escribo la crónica te invito a almorzar a Pocitos —sugirió Alvaro.

—Una gran idea, ya era hora que le dieras un día de vacaciones a tu cocinera. ¿Qué te parece El Galeón?

—Siempre y cuando no se te ocurra pedir Undurraga.

Se acercó despacio a la cuneta y detuvo el auto en la rambla Gran Bretaña. Angostó los ojos y apuntó con el índice hacia el mar.

—¿Ves esa boya? Si tenés buena vista podrás distinguir una línea negra en el agua, junto a ella.

—Sí, la veo —dijo Rita después de buscarla un momento—. ¿Qué cosa es?

—Todo lo que queda del Graf Spee. Supongo que habrás oído hablar de nuestra famosa batalla.

—La he oído mencionar.

—Hace veinticinco años presencié desde aquí la escena final.

—Eras un cipote.

—Ajá. Tenía diez años, pero recuerdo hasta el último detalle. Fue un martes y todos los botijas faltamos a clase ese día.

Ella se echó a reír.

—Sólo a los uruguayos se les puede ocurrir anunciar batallas con anticipación. Qué país.

—Allí mismo lo destruyó la tripulación. Hubo un tremendo estallido y todo el casco del buque quedó envuelto en llamas y humo negro.

Rita apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento. La Segunda Guerra Mundial había provocado en ella la misma emoción que un partido de fútbol. Al final (tenía once años cuando el Japón se rindió), se había convertido en un aburrido telón de fondo en la vida de Chachuapa.

—Ardió todo el día y toda la noche —continuó Alvaro—. A la mañana siguiente lo único que quedaba era una maraña de metal aplastado, barriles de cañón y una sección del mástil que salía del agua.

Volvió a poner en marcha el motor y se alejaron, despacio. Aparte de la breve conmoción que le produjo el Graf debe haber sido lo mismo para Alvaro. Johnny en cambio vivió la guerra. Por tres años la vivió a bordo de delgados y grises destructores que atravesaban el Atlántico, el Pacífico. Trató de imaginar qué había significado la guerra para él, pero su mente se resistió al esfuerzo. Nunca habló mucho de eso o de su experiencia en Corea.

—Es como haber tenido tres vidas diferentes —le dijo una vez—, como ser tres salchichas unidas apenas por un delgadísimo cordón umbilical. Los años de la infancia, la Universidad, forman el primer segmento. En seguida los años de la Marina con una tregua entre dos guerras vestido de civil. De alguna manera esos años parecen tan largos como todos los anteriores puestos juntos. Por último la salchicha Rita.

Alvaro estacionó frente a las oficinas de Acción.

—¿Querés subir conmigo?

—No, aquí te espero —dijo distraída. Levantó la cabeza para ver otra vez el mar. La boya y la línea negra del Graf Spee habían desaparecido detrás del guión de edificios de apartamentos. Volvió a apoyarse en el respaldo y clavó los ojos, ausente, en la gran expansión de agua frente a ella.

Y ahora en algún sitio detrás del horizonte, rellenando con días el cuarto segmento; otros rostros, otras ciudades. La salchicha Rita cerrada definitivamente, atada por los dos extremos, relegada. Pero recuerda. Claro que recuerda.

Rickenbacker a favor de un bombardeo intenso.

Houston, Texas, Oct. 27 (Reuters).—Los Estados Unidos debieran bombardear puertos, presas y centros de población en Vietnam del Norte para ganar la guerra, declaró el capitán Eddie Rickenbacker, as de la aviación en la Primera Guerra Mundial.

—Para eso se hicieron los aviones —dijo en una conferencia de prensa aquí—. No están peleando con seres humanos en Vietnam. Pelean con animales de dos patas. No son más que esclavos.

Para eso es la guerra: para matar y ganar, para destruir, para derrotar al enemigo, para cortarles las municiones y los víveres.

Bien embromados estaríamos si todo el mundo allá vociferara por la paz.

Después de decidir que el método de la marina para recuperar el contacto de un submarino enemigo era el más eficaz, Johnny eligió cuatro tallos altos de yuca, ató un trapo blanco al extremo superior de cada uno y midió su primer cuadrado alrededor de la caña clavando sucesivamente las estacas en arbustos y matas.

Mientras cerraba el cuadrado, recogió la primera estaca, la plantó treinta pasos más adelante, se dirigió hacia la segunda y repitió el proceso. Una vez que el cuadrado empezó a expandirse, lo único que le faltaba era seguir caminando entre la maleza y los hatajos de hierba, al acecho del pedazo de tela azul o del relampagueo blanco que buscaba. Una insistente brisa que venía del valle le hostigaba las mejillas y le alborotaba el cabello. El sol quemaba cada vez más fuerte.

Antes de que hubiese pasado una hora sintió la garganta seca y decidió interrumpir la tarea y regresar a la mina Kimberly, que ahora que-

daba dentro de su trazado. Se arrodilló sobre la represa que construyó Frank para aumentar la capacidad del depósito que se extendía en la oscuridad y sacó agua fría con las manos. Se sentó sobre el muro de cemento y piedra, encendió un cigarrillo y admiró la artesanía de su padre. Un tubo de dos centímetros salía de la base de la represa, bajaba la cuesta y finalizaba en el tanque sobre el techo de la cabaña. Otro de siete centímetros, que servía para la irrigación, se extendía hasta los límites borrosos de la huerta. No crecía nada allí: los venados, los conejos, las ardillas y la falta de riego se habían encargado de ello.

Se dio vuelta y espió en las fauces negras donde Moisés desperdió quince años de su vida haciendo túneles y volando piedra con dinamita hasta abrirse paso casi horizontalmente dentro de la colina para perseguir una veta de cuarzo que disminuía al mismo tiempo que el gotear de las rocas aumentaba y tenía que ser bombeado con un motor a gasolina. Moisés siguió hundiéndose en la tierra y colocando vigas hasta que tuvo setenta años y el mal humor y el reumatismo deformante no le permitieron trabajar más. Johnny había entrado varias veces en la mina cuando el viejo estaba todavía activo. Vagamente recordaba que descendía a la entrada y luego subía siguiendo la vena errática. El depósito estaba lleno de agua cristalina y la represa de Frank que atravesaba el umbral, elevó su nivel hasta quedar a medio metro del techo, casi a la altura del cable eléctrico sujeto con grapas a los postes. Frunció los ojos en la oscuridad tratando de estimar a qué distancia se extendía el depósito y qué cantidad de agua contenía. La última viga de madera que pudo ver parecía inclinarse sinuosamente hacia un lado, pero cuando ahuecó las manos sobre los ojos para cortar la luz, pudo ver que era sólo la punta de una lona rota atada al borde posterior de la viga.

La locura de Moisés llamaba Marie a la misma Kimberly. Cuando apenas era un muchacho de veinte años dejó dos dedos de un pie en el Klondike y regresó con los pulmones dañados. Después de recuperarse desapareció de nuevo en la región de la Gran Colombia en busca de oro y esmeraldas a lo largo del Orinoco y al volver de su expedición de dos años, en vez de esmeraldas trajo consigo la malaria. Más tarde, cincuenta años después de que la fiebre del oro en Banner Grade se hubo convertido en leyenda, se instaló en el desierto donde el clima congeniaba con sus gastados pulmones y continuó rastreando oro como un borracho que busca las llaves de su auto bajo el farol de la calle: no porque sea allí donde las ha perdido, sino simplemente porque la luz es mejor.

Johnny arrojó el cigarrillo al suelo, regresó hasta su último poste indicador, avanzó treinta pasos y dobló a la izquierda hacia la próxima estaca abriéndose paso a través de la enredada maleza y de punzantes arbustos mientras se inclinaba imperceptiblemente en la monótona brisa. La sensación le fue angustiosamente familiar. Después de unos momentos de concentración recordó dónde la había sentido anteriormente: Dakota del Sur.

El sol allí quema el cielo hasta un calcinado azul sobre los grandes llanos y corre el viento a través de la pradera y de las hinchazones bajas de las colinas sin otra cosa para ofrecerle resistencia que una meseta aislada o una vivienda de hacendado. En otras partes el aire es intangible, pero en Dakota del Sur se vive al fondo de una corriente palpable, rugiente, que nos obliga a angostar los ojos, tira de la ropa como una abuela loca, lo envuelve a uno en un día seco de verano en nubes de polvo parduzcas y anchas como el horizonte y en el otoño libera a los cardos que saltan soberbios sobre los montones de hierba hasta anidar en pilas enmarañadas contra cercos de alambre para formar los núcleos de hondas dunas de nieve en el invierno.

La casa del abuelo Aaron, el granero, el molino de viento, el corral de pollos y la pocilga estaban anclados en el suelo ondeante de esmar de viento que eran las únicas construcciones a la vista salvo la solitaria cruz de hierro en el risco, a medio kilómetro de la casa. La tierra estaba intacta con la excepción de uno que otro campo labrado y el surco doble del camino que dividía el mundo de horizonte a horizonte. El sólo indicio de que el planeta estuviese habitado por otros seres, eran las esparcidas órbitas que hacía el camión de los Oliver. Aparecía como un cometa sobre la colina dejando atrás una imponente cola de polvo mientras ganaba velocidad cuesta abajo y Dell, al pasar por la casa, sonaba la bocina y sacudía un brazo.

Dos veces al mes y siempre en sábado, un par de vaqueros pasaba trotando camino a Bisón y Johnny corría hasta la baranda y los saludaba con la mano haciendo lo posible por creer en su autenticidad. No llevaban chaparreras ni revólver que colgara bajo sobre la cadera; ni siquiera un pañuelo con puntitos para el cuello. Apenas *blue jeans* y camisas azules de dril. Los únicos toques legítimos eran sus *Stetson*, las botas tejanas con espuelas y los lazos enrollados al pomo de la montura. Johnny se consolaba con la idea de que debían ser vaqueros pobres o novatos que aún no habían podido acumular suficiente dinero o méritos como para pedir a Sears Roebuck su equipo completo. Era difícil en esos días no pensar en términos de pobreza

en Dakota del Sur: la depresión que arrasaba el resto del país nació en los resecos llanos del Medio Oeste y los hacendados de la región, acostumbrados a la ruleta meteorológica de tres años de sequía por uno o dos de escasa lluvia, aceptaban la desecación económica como otra fuerza elemental y continuaban arando infructuosamente y abriendo surcos y echando la semilla por instinto, como elaboran su miel las abejas.

Mientras medía los tramos cada vez más largos del cuadrado en espiral, se le ocurrió que estaba comprometido en un ritornelo —un juego de generaciones— el abuelo Aaron buscando el cuerpo de Adán. Justo en ese momento un destello blanco le hizo saltar el corazón. Se precipitó sobre el esqueleto de un —¿qué era?— un cordero desarticulado. Recogió la calavera Yorick de protuberantes dientes amarillos y reflexionó en los círculos, las inexplicables espirales que dibujan los hombres en el tiempo mientras se abren paso a través de los cercos de alambre de púas que circundan el nacimiento, la escuela, el amor, la tragedia; pagando su pasaje en cada barrera con girones de ego y rasguños de arrepentimiento y acumulando poco a poco las cicatrices que determinan el carácter; acuciados siempre por el ritmo del obstinado corazón hasta que la única condición universal que es compartida entre millones de confusas biografías, el único denominador común, el carnet de miembro de la especie, es simplemente la resistencia que al final se derrumba en un rimero de huesos. Abstracciones de esa índole se levantaban a veces en él como eructos; vagas emociones sin localizar disfrazadas de pensamientos. Colocó cuidadosamente la calavera en los mismos surcos y continuó caminando.

La solitaria cruz de hierro señalaba la tumba de Adán Asvogel. Johnny subió la colina una o dos veces para contemplarla, pero no fue sino hasta muchos años después que Marie le contó cómo había muerto Adán en la pavorosa tormenta de nieve del noventa y nueve, como consecuencia, según ella, de su pertinaz depravación.

Adán estaba ya entrado en años cuando apareció en Deadwood, Dakota del Sur, poco después de que la nueva del descubrimiento de oro allí llegara a Charleston, Carolina del Sur, donde su negocio se había ido a pique. Pasaron algunos años antes de que pudiese traer a su mujer y a sus dos hijos y es probable que en ese lapso haya jugado póker, como presumía, con Deadwood Dick y Calamity Jane. Incluso es posible que también haya visto a Wild Bill Hickock capturar una mosca en vuelo entre el pulgar y el índice. El mismo Adán llegó a con-

vertirse en una pequeña llamada en la leyenda de Deadwood, con su historia de haberle vendido la hacienda paterna en los llanos del Africa del Sur a un tipo llamado Vuoritziegelt, apenas dos años antes de que se descubriera allí la mina de diamantes de Kimberly. Era evidente que Adán creía en su fábula; durante todos los años que condujo la diligencia entre Deadwood y Bismark, estuvo atareado en una disputa epistolar con los abogados de las compañías de diamantes, alegándoles que Vuoritziegelt nunca había pagado la última cuota y que por lo tanto los diamantes le pertenecían: una obsesión de tal manera fija, según Moisés, que probablemente murió con una maldición congelada en los labios contra el perverso consorcio DeBeers.

Las últimas personas que vieron a Adán con vida fueron sus compañeros de póker en Bisón. Estaba ganando y postergó su partida a pesar del viento que arrojaba puñados de granizo contra la ventana del bar. Posiblemente su otra depravación —whisky barato de frontera— inclinó su balanza interna hacia un injustificado optimismo, ya que Adán poseía una sed holandesa.

Cinco días más tarde Aaron encontró su cuerpo. El caballo se había desviado del camino dentro del alarido blanco de la tormenta y se quebró una pata en una madriguera de ardillas. Adán le pegó un tiro, volteó de costado el carruaje para formar un rompe vientos y se quedó allí acurrucado entre el caballo y el vehículo. Quizá habría sobrevivido si no hubiese matado al caballo, si se hubiese refugiado contra su vientre para calentarse hasta que el animal muriera de frío, pero según Marie, Adán no podía ver sufrir a un animal y esa fue la causa de su muerte.

Aarón y Moisés —que ya había vuelto de Yukon en ese entonces— colocaron a su padre sobre una lona y lo condujeron al granero. Adán había muerto de frío acurrucado junto al caballo en una posición fetal. El rigor mortis lo inmobilizó hecho un ovillo y no hubo posibilidad de hacerlo caber en un ataúd convencional. Sus dos hijos se dirigieron al risco con pala, pica y una botella de whisky para calentarse y empezaron a abrir la tumba en la tierra helada turnándose cada quince minutos para que uno de los dos pudiera saltar y agitar los brazos y beber sorbos de whisky mientras el otro picaba desesperadamente la capa del pedernal. Hacía veinticinco grados bajo cero esa mañana. A medio día sólo quedaba un tercio de licor en la botella y ellos apenas habían progresado. Discutieron seriamente la posibilidad de dejar al viejo en el henil hasta que llegara la primavera, pero Moisés, con lucidez alcohólica, encontró otra solución. Construyeron una enorme hoguera en la depresión, la rellenaron con pedazos de carbón

y volvieron al granero para terminar la botella y acompañar a Adán.

Pocas horas más tarde zigzagueaban su camino de regreso hacia el risco llevando consigo una barrena. Taladraron hondo dentro de la tierra a través del centro de los carbones y plantaron al fondo un paquete de dinamita. Moisés encendió la mecha y los dos, riéndose y gritando como locos y tapándose los oídos con los dedos, saltaban cuesta abajo por la nieve mientras el risco explotaba en una nube de tierra suelta y piedras.

Con toda solemnidad Aarón, antes de envolver a su padre en la lona, colocó la botella vacía entre las rodillas y el pecho del cadáver, y luego los dos lo tiraron cuesta arriba y lo tumbaron en el fondo del cráter circular. La tierra que voló en la explosión salpicó la nieve diez metros alrededor de la tumba y les llevó varias horas más recoger toda la que necesitaban para cubrir el cuerpo como era debido. El alegato acerca de cuál extremo del envoltorio simbolizaba los pies de Adán y cuál la cabeza empezó antes de que llegaran a la casa y a la mañana siguiente ninguno de los dos pudo recordar en qué dirección había sido colocado el bulto en su tumba circular.

Un viento tibio de marzo derritió la nieve permitiéndoles a los hijos acabar de llenar el hoyo y levantar un montículo. Cuando trajeron la cruz de hierro de Bisón resolvieron su desacuerdo clavándola justo en el centro.

Dakota del Sur era todavía campo abierto cuando Johnny la conoció. Sólo los campos de labranza estaban cercados y había pastores con vagones cubiertos y con perros que conducían grandes rebaños de ovejas a través de los llanos. El ganado del rancho Hat y algunos animales sueltos de otras haciendas pastaban cerca de los arroyos y a mitad del verano gravitaban hacia cauces mayores de agua haciendo más fácil el rodeo y la selección. La Dakota del Sur había conocido un breve estallido del *glamour* del indómito oeste cuando el descubrimiento de oro en Custed y Deadwood atrajo a oportunistas, prostitutas, jugadores y pistoleros, pero ya en los años treinta todo el panorama se había convertido en una mal enfocada película casera. Hollywood fabricó su propia versión del oeste legendario en los desfiladeros arriba del valle de San Fernando, gastando grandes sumas de dinero en la empresa e insistiendo en el detalle auténtico, pero en la Dakota del Sur tenían que conformarse con indumentarias de segunda mano y con los pobres artefactos disponibles que los hacían caer en anacronismos tales como camiones, limosinas que parecían cajas y salas de cine que echaban a perder el escenario.

Una última parodia deformada del drama arquetípico conmovió al vecindario el año en que Johnny vivió en los llanos: un episodio que impulsó a la familia a regresar a California y a todos los acontecimientos que surgieron de esa decisión. Pensándolo bien, sin embargo, Johnny no estaba seguro de que su madre hubiese aguantado mucho tiempo más en Dakota del Sur, aun si lo otro no hubiera ocurrido. Desde la mañana a la noche vivía sometida a una rutina ingrata a la que ella no estaba acostumbrada: tenía que hacer de criada, de cocinera, de esclava de su marido, de su hijo, del abuelo Aarón, y cada día la detestaba más.

Uno de los vecinos, Olaf Turlesen, fue fulminado por un rayo primaveral que también fundió el tractor que conducía. Después de los funerales, por varias semanas irrecuperables, Will, su hijo mayor, intentó en vano conseguir prestado otro tractor. El calor empezó temprano y marchitó su cosecha. Apenas tenía diez y nueve años cuando se encontró de pronto con la responsabilidad de manejar la hacienda y mantener a su madre y a cinco hermanos. Necesitaba un préstamo —todos lo necesitaban entonces—, pero ningún banco quiso arriesgarse con un muchacho inexperto que no había sido capaz de sembrar su trigo a tiempo. Quedaba aún el ganado, pero el rebaño del Círculo T nunca fue muy abundante y Will tuvo que diezmarlo excesivamente para comprar un tractor nuevo. Durante el invierno siguiente todos los comerciantes de Bisón le cerraron el crédito.

La situación no era tan desesperada como le parecía a él. Los hacendados, dispersos a través del área, observaban la tradición de asistencia mutua que imponía la frontera y de haberse dado cuenta le hubiesen ayudado con unos cuantos dólares o con sacos de harina y frijoles y alguna ropa —lo mínimo para la sobrevivencia— frenando así el hambre y las torvas necesidades que rondaban la hacienda de los Turlesen. Pero el orgullo terco y escandinavo le cerró la boca a Will y los vecinos estaban ocupados con sus propias penas.

Seguramente cazó en esos meses muchos conejos para la olla familiar. En cierta ocasión debe haber tropezado con un ternero sin fierro que invernaba en los barrancos, cerca del rancho: un animal que no le pertenecía a nadie, que a nadie le costaba un centavo. Se había separado del rebaño en el último rodeo, no llevaba ningún sello y allí estaba, invernando en la propiedad de los Turlesen: un legítimo ternero del Círculo T y Will terminó su debate moral apretando el gatillo.

Si el primero fue un animal sin marca, no sucedió lo mismo con los otros. Durante el res-

to del invierno, justificándose a sí mismo por las seis bocas que tenía que alimentar y por las exigencias inaplazables de la sal, el azúcar y el queroseno, Will mató y despanzurró a varios animales más, los llevó en camión hasta Lemmon, donde nadie lo conocía, y cambió la carne por dinero contante. Pero las entrañas y los cueros no se queman ni se pueden enterrar cuando el suelo está congelado y los zopilotes no se dejan engañar por un rimero de piedras. Una vez llegada la primavera, aun en ese campo desolado, era sólo cuestión de tiempo hasta que alguien descubriera un cuero engusanado con la marca del rancho Hat: una M subrayada. Llamaron al sheriff y dos más dos igualaba a Will Turlesen, quien repentinamente desapareció.

Vacas y novillos eran en esos días la cuenta bancaria ambulante de todos los hacendados y la vieja tradición de la pampa aún perduraba en la memoria colectiva: con la unanimidad telegráfica de una manada de pirañas que vira río arriba para seguir una huella de sangre, los adultos de la región se voltearon contra Will. Pero en la escuela rural de Heming Central se formó una pequeña isla de admiradores de Turlesen dentro del mar de hostilidad. Will se había graduado de Heming el año que murió su padre y Johnny, por ser novato, era el único, fuera de los de primer grado, que no lo conocía personalmente. Las gradas de madera de la escuela con el almacén de Keller en Bisón y las líneas asociadas de teléfono, constituían los nudos de la red chismográfica del distrito y toda esa primavera no hubo otro tema que pudiese competir con las especulaciones del posible escándalo de Will Turlesen. El haber incubado un genuino matrero le daba más lustre a la escuela, según los estudiantes, que ganar un campeonato de fútbol. In absentia la imagen de Will fue revestida con ropajes de Robin Hood y Jesse James. Frances Booning lo empezó a llamar Wild Will —apodo que prendió en seguida entre los pequeños—, insinuando cada vez que podía, que Will estaba loco por ella. Con el aire trágico y solitario de una Penélope se refugió en la pequeña biblioteca escolar rechazando con desdén a cuanto pretendiente se le acercaba y devorando cuanta novela romántica había.

El año docente terminó y otro verano abrasador se instaló en los llanos. Frank mató una cascabel entre el sandial y Johnny despertaba a menudo por las noches y oía a sus padres discutir:

—En California no hay trabajo para perforadores —levantaba Frank la voz—, las compañías han cerrado casi todos los pozos productivos. Aquí por lo menos tenemos con qué alimentarnos.

La opinión local permaneció dividida. Algunos estaban seguros de que Will había abandonado la Dakota del Sur en un tren de carga que iba a Chicago y otros afirmaban que estaba escondido en Slim Buttes, un majestuoso y amenazador laberinto de desfiladeros esculpidos por el viento, con pinos achaparrados, entre los cuales podía esconderse un hombre sin que nadie lo encontrara.

Ya las clases habían vuelto a comenzar cuando Will trazó el penúltimo capítulo de su saga. Llegó trotando a Bisón, amarró su caballo frenéticamente de su brazo. La leyenda dice que el sheriff no estaba en el pueblo, pero que alguien corrió a la cárcel para informarle al ayudante retaco que Will Turlesen había entrado armado a la tienda de Keller, y el que ayudante quien increíble o inevitablemente en un episodio que parecía elaborado para demostrar que la naturaleza imita al arte en las películas cursis— se llamaba Shorty, rehusó moverse alegando que no podía dejar la cárcel desguarnecida y que además esperaba una llamada importante de Lemmon. Fue así como Shorty se ganó el desprecio de todos los hombres de bien del distrito y la burla de los estudiantes de Hemming Central mientras Will le decía a Pete Keller con voz temblorosa a través de labios apretados:

—Póngalo a nuestra cuenta como siempre, mister Keller, ya le pagaremos.

Mirando hacia atrás, sin embargo, pudo haber ocurrido que Shorty reconociera la desesperación que había empujado a Will hasta el pueblo con el rifle cruzado a su montura y se resistiera a balacear a un adolescente despistado cuya madre en esos momentos negociaba con Henry Michaels del rancho Hat prometiéndole pagar por el latrocinio si retiraba la denuncia. Como quiera que haya sido, Will salió del almacén, miró hacia ambos lados de la calle, se arrojó a la veranda para cargar la harina, los frijoles y sus otras compras dentro de las árganas y airosamente, bajo el sol de mediodía, se alejó trotando con los dos sacos que asentían con gravedad a través de las ancas de la yegua.

Seguramente vivía en una cueva de piedra arenisca y comía zarzamoras y atrapaba liebres para atesorar sus escasas provisiones. Era imposible para los estudiantes de Hemming Central imaginar qué era lo que mantenía allí ahora que el invierno se acercaba. A juzgar por el calendario de bolsillo que él mismo fabricó, tachando cada día de su exilio con una X, debe haberse impuesto una fecha límite a la cual le hizo frente antes de ensillar su caballo y salir de los Buttes por última vez: un punto negro moviéndose obstinado a través del ondeante te-

lón de fondo, prefiriendo el campo abierto a los caminos, empañándose y reapareciendo cada vez que la tormenta de nieve se levantaba.

Johnny le ayudaba a su madre en la cocina y escuchaba los recuerdos de su infancia en el gran rancho de Tampico: cumpleaños con piñatas, clases de piano y baile, el caballito blanco de sangre árabe que sólo ella montaba.

—Nada parecido a esto, Johnny. Teníamos ocho sirvientes para hacer la limpieza y cocinar, y veinte vaqueros que cuidaban del ganado.

Había encurtido de remolachas y salsa de arándano en platos de cristal cortado, pastel de zapallo con crema batida y una torta adornada con azúcar escarchada: todo alineado en el aparador. El pavo se doraba en el horno y ella se afanaba con media docena de quehaceres simultáneos tratando con todas sus fuerzas de preparar una cena que mereciera la aprobación sin reticencias del abuelo Aaron, cuando Shorty apareció. Mientras sacudía sus botas en el rascador del porche, Johnny pudo ver al señor Schurr y a dos hombres más sentados en su auto con los cañones de los rifles apoyados contra las ventanillas. Le pareció muy raro que alguien saliera a cazar liebres en Thanksgiving Day.

—Turlesen ha vuelto —dijo Shorty dirigiéndose al abuelo—, quiero que usted y Frank me ayuden a prenderlo.

El abuelo volvió a ver a los hombres en el auto.

—Ibamos a sentarnos a la mesa —dijo—, no veo la necesidad de llevar todo un ejército para detener a un muchacho.

Shorty apretó los labios. Sabía cuál era el chisme pero respondió con voz neutra:

—Vino a caballo y necesito más de tres hombres para cercarlo si acaso intenta escaparse.

—Sólo tenemos el rifle y una escopeta—, objetó Frank.

—Está bien —dijo Shorty—, mientras más pronto nos vayamos más pronto estarán de regreso para su cena.

Frank y el abuelo se pusieron sus zapatos de goma, las chaquetas de lana a cuadros y las gorras con orejeras. El señor Shurr se metió con ellos al camión y siguieron cuesta abajo al auto de Shorty, pasaron por el camino que llevaba a la hacienda de los Oliver y desaparecieron sobre las colinas hacia la granja de los Turlesen. La madre de Johnny regresó a la cocina repitiendo:

—¡Dios mío, Dios mío! —y volvió a rociar el pavo. Una hora más tarde decidió sacarlo del horno y recalentarlo cuando ellos volvieran.

—Pobre chico —repetía sin cesar—, pobre la señora Turlesen.

Frank se enfurecía cuando ella hablaba en español, pero tan pronto como él se marchaba, ella sólo así se dirigía a Johnny. Sin nada más que hacer en la cocina, Johnny pasó el resto de la tarde pegado a la ventana. No fue sino hasta después de oscurecer que vio asomarse dos pares de luces. Corrió para abrir el portón y los esperó saltando de frío y efervescencia. El camión entró sin detenerse y el auto de Shorty, con cuatro hombres adentro, pasó crujiendo por la nieve con un golpe de cadenas flojas. Johnny cerró el portón, lo atrancó y llegó al cobertizo mientras el abuelo y su padre cerraban la puerta doble.

—¿Qué pasó? —exclamó—, ¿Lo cogieron? ¿Lo cogieron?

—Vuelve a casa —le ordenó Frank—. El abuelo no dijo nada y la madre les abrió a los tres la puerta de la cocina.

—¿Qué pasa, Frank? —dijo.

Frank sacudió la cabeza y pasó de largo junto a ella sin limpiarse los zapatos. El abuelo entró sin voltearla a ver. Johnny se quedó jugueteando en la cocina; trataba de imaginar cómo había hecho Will para escaparse de la red una vez más; si habían tenido la culpa el abuelo o su padre. Los objetos familiares asumieron de pronto formas amenazadoras en la ondulante luz de queroseno.

No hubo cena de Thanksgiving. Después de un largo rato apareció su madre por un instante para servirle pechuga de pavo y puré de papas. Su rostro era una máscara extraña.

—¿Qué pasa? —preguntó Johnny.

—Un accidente. Vete a la cama tan pronto como termines.

—No es justo —chilló el muchacho—, nadie me dice nada en esta casa. Pero ya ella se había ido.

Frank no salió de su dormitorio en los próximos dos días. Una vez, mientras Johnny iba en puntas de pie a su habitación, espío por la puerta entreabierta y lo vio tendido en la cama, de espaldas a él. No supo si dormía o miraba a la pared. Su madre le hizo un resumen cauteloso de lo que había pasado, pero era la versión de Bobbie Schurr la que Johnny recordaba. Apartado un poco de los otros y con los ojos fijos en un nudo de la madera, se esforzaba para oír lo que Bobbie les decía a los compañeros que se apretujaban a su alrededor antes de que sonara la primera campana.

El auto y el camión aparecieron sobre la cresta de la colina que dominaba la granja de los Turlesen y ya bajaban a gran velocidad cuando Will se lanzó de la cocina y corrió hacia el granero donde lo esperaba su caballo ensillado. Salió a todo galope en dirección opuesta y Shorty se apartó del camino siguiendo en línea paralela la carrera del fugitivo. Hizo correr el Chevrolet cuesta abajo y separó al jinete de un barranco que pudo haberle ofrecido protección. Detuvo el auto cerca del borde del declive, saltó afuera, apoyó su rifle sobre el radiador y disparó contra el caballo de Turlesen que cayó muerto a unos trescientos metros de distancia.

Will se levantó y regresó al granero corriendo y cojeando, con el rifle en la mano. Shorty dejó a uno de sus pasajeros allí mientras él luchaba con el Chevrolet sobre la grama cubierta de nieve y lo ponía otra vez en el camino. El camión llegó al patio segundos después de que Will se refugiara. Los huecos y las rajaduras que había en las paredes le proporcionaban buena visibilidad. Los hombres se escondieron detrás del camión y esperaron a que llegara Shorty.

La madre de Will salió con rebozo y delantal mientras Shorty entraba a la hacienda y dirigía a su segundo pasajero alrededor de la casa y detrás del tractor para vigilar el otro lado del granero. Sacudió la cabeza distraído ante el chorro de súplicas con acento escandinavo que emitía la señora Turlesen y le dijo que no se preocupara, que todo saldría bien. Le hizo señas al que venía a pie de quedarse donde estaba y le suplicó a la señora que entrara a la casa antes de que pescara una neumonía, pero ella no le hizo caso.

Shorty dejó su rifle sobre el guardafango del Chevrolet y caminó por la nieve manchada de orines hasta que estuvo a veinte pasos del granero.

—¡Will! —le gritó a la impassible puerta roja—, tú, Will Turlesen, quiero que arrojes ese rifle y salgas de allí.

Avanzó un paso más y el crac de un tiro de rifle, junto al gemido del rebote, apenas unos centímetros a su derecha, se confundieron en un solo sonido.

—No seas estúpido, Will —el tono de Shorty era severo—, deja de actuar como un chiquitín.

Se quedó ahí sin moverse y cruzó los brazos sobre el pecho. Hubo un largo silencio, una espera crepuscular que descendió sobre cada uno de ellos. La señora Turlesen permanecía de pie junto a las gradas de la cocina con la cabeza hundida en el rebozo.

—Bueno, Will —descruzó Shorty los brazos—, voy a sacarte. Empezó a caminar y se detuvo de nuevo cuando la puerta del granero crujió al abrirse. Como un destello aparecieron la mano blanca y el rifle; ya Will lo había dejado caer cuando una carga de escopeta estalló en su estómago. Shorty saltó hacia adelante con un rugido animal, se inclinó sobre el muchacho agonizante, levantó su cabeza del suelo tirándolo del cabello y gritó dentro de los ojos vidriosos:

—¡Will, Will, por Dios! No lo quisimos hacer. ¿me oyes? No lo quisimos hacer.

—Tiene el sentido del color y buena composición —levantó Mireya la voz desapareciendo en la cocina—, pero un poco demasiado kandinskiano para mi gusto.

Abrió con estrépito el armarito, sacó de la nevera los cubos de hielo y reapareció sonriente en la puerta.

—Mientras estudio sus cuadros él se sienta allí con las manos en las rodillas y los ojos saltones y me mira como un osito de felpa enamorado.

—¡Mireya, no me digas que otro!

La dueña de casa arqueó una ceja, desapareció de nuevo ondeándose complacida y levantó la voz sobre el ruido del agua.

—Debe ser muy bueno en la cama, pero es de una timidez apabullante. Cada vez que me da la mano se sonroja.

Rita encendió un cigarrillo y contempló el funcional desorden de la habitación iluminada apenas por una lámpara colgante que salpicaba luz sobre la mesita de centro, y por un parche de fluorescencia blanco azulada que llegaba de la cocina. Torsos de bronce y yeso brotaban de pedestales en rincones oscuros; cabezas en estantes a lo largo de las paredes entrecruzaban miradas de ojos vaciados. Un alboroto de herramientas cubría la mesa larga de madera, y un paño blanco, en el centro, envolvía una mole indescifrable. Con la excepción de la alfombra de colores cálidos bajo sus pies, el suelo estaba desnudo. La habitación reflejaba la monomanía de la dueña, su áspera personalidad. Establecía un círculo cerrado que hacía que Rita se sintiera a gusto, como si las tercas defensas de Mireya contra el mundo de afuera le permitieran, aunque fuera por un rato, bajar las suyas.

Resultaba imposible predecir las horas libres de Mireya. A veces, cuando con Alvaro regre-

saban a la una o dos de la madrugada, veían una raja de luz bajo su puerta y escuchaban, mientras subían las escaleras, el nervioso clic clic de los instrumentos. Había también el problema de interrumpir, a cualquier hora del día o de la noche el tête a tête con alguno de los numerosos admiradores que compartían con ella una gama de intereses que se extendía desde la escultura y la pintura hasta la aventura accidental. A pesar de la simpatía que las unía, las dos, con cautelosas excepciones, cumplían la regla de oro de los inquilinos de apartamentos: ignora a tu vecino.

—¿Cuál es tu trauma, querida?

—Té con la leona —se estremeció Rita.

—¿Qué pasó, che?

—Lo de San Sebastián con las flechas, sólo que la leona utiliza agujas de tejer.

Aceptó la copa de vermouth y esperó a que Mireya se sirviera la suya.

—Tendrías que haberla visto. Pasaba el pastel y detenía los ojos en los zapatos de Alvaro. Sin lustrar, por supuesto, siempre están así. O si no, cuando aquél ya no podía más y rechazaba las galletas: “¿Qué te pasa, querido, has perdido el apetito?” y se volvía a mí con esa su sonrisa envenenada: “Me hacía la vida imposible si todos los días al llegar del colegio no le tenía pronto un plato lleno de estas galletas y un gran vaso de leche.

—Y seguramente se preocupó por su flacura —dijo Mireya—, que si de veras come bien, que si lo obligás a ponerse los zapatos de goma cuando llueve.

—Exacto. Y él ahí, masticando a dos carrillos y abrigándose en el calor materno. Hubo también un largo monólogo sobre lo solitaria que se mantiene la tía Graciela ahora que Alvaro no la visita como antes. La leona no se queja, por supuesto, es la tía Graciela la que se marcha por falta de cariño. Perdona, Mireya —aplastó en el cenicero el cigarrillo—, odio a las mujeres quejumbrosas pero hoy tenía que desahogarme.

—¿Qué esperás, querida? —dijo Mireya displicente y levantó un hombro—, es una pobre vieja cuya única distracción seguramente consistía en hacer galletas para su hijo.

—Y tejer suéters. No olvidemos los suéters. Le hizo jurar a Alvaro que vendría el martes próximo a probarse uno. Linda oportunidad para clavarle la aguja a Rita un poco más hondo.

—Parecés insegura —la escudriñó Mireya.

—Rabiosa con Alvaro, es todo. Sonriendo como un Buda mientras ella me hacía picadillo.

—Si vieras a Edmundo cuando quiere hacerse el bobo —suspiró Mireya—, tres o cuatro veces al año recuerda que estoy viva, pero qué cara de ofendido pone si no le echo los brazos al cuello y empiezo a dar grititos de alegría. Está convencido de que apenas se va yo me convierto en una de mis estatuas, que caigo en trance hasta que él vuelve a poner en marcha mi relojería.

Dejó su copa sobre la mesa con gesto melancólico mientras Rita sorbía un trago. Las dos estaban sentadas al filo del cono de luz, en las márgenes de la pequeña y nítida isla amenazada por el caos de rostros atormentados, torsos trunco y columnas fállicas levantándose del suelo.

—¿Por qué es que la mayoría de nosotros actúa como si el problema más importante fuera el de atrapar a un tipo y mantenerlo sumiso a sus talones por el resto de la vida? —dijo Rita—, ¿el famoso instinto de hacer nidos del que hablan los psicólogos en las revistas femeninas?

Se detuvo un momento buscando las palabras.

—La telaraña es una imagen mejor. Miles y miles de arañas hembra tejiendo redes pegajosas para atrapar maridos, hijos, nueras, todo aquel desventurado que caiga entre sus hilos.

—Exagerás, querida.

—No, no exagero. ¿Cuántas mujeres hay que eligen una carrera y se dedican a ella como tú? La leona pasa su tiempo afilando agujas: soy divorciada o pronto lo seré, he incitado a su hijo a seguir una vida de pecado, no sé tejer ni me gusta fabricar galletas y etcétera, etcétera. Pero en el fondo lo que no puede perdonarme es que le haya robado a su niño: el último varón entre su red.

—No es tan simple como lo pintás —le frunció Mireya el ceño a la mesita de centro, los brazos laxos sobre el vientre—. Mi red está vacía, pero no porque yo lo haya querido. Simplemente ocurrió. Modelar arcilla o cincelar mármol es importante para mí, quizá lo más importante ahora, pero si hace quince años Edmundo me hubiera pedido que me casara con él lo hubiese seguido sin titubear. No pasó y ahora está encadenado a una tarántula de miedo, ¿o no tejen redes?

—No creo —se echó a reír Rita—, pero tu escultura te da una brújula interior que te envía.

—No me llamo John Henry. No te creas que me paso veinticuatro horas al día con el mar-

tillo en la mano. Hay muchos ratos que bien podría llenar haciendo galletas o tejiendo. A propósito, ¿cómo va esa cabeza?

—Cree tenerla por un momento pero se me empieza a convertir en cenicero —hizo Rita una mueca que casi semejaba un puchero—. No hay caso, siempre seré una aficionada. Divertido, ¿no? La leona me envidia porque le cuidó al hijo y yo te envidio a ti porque haces algo positivo con tu vida.

—Un círculo vicioso —dijo Mireya—, yo te envidio a vos porque llevás una vida normal. Has resuelto tu problema.

—No digás leseras —la rezongó Rita—, tú también podrías hacerlo, con todo ese enjambre de admiradores.

Mireya se quedó un momento pensativa.

—No —decidió—, estoy hecha una excéntrica. No soportaría tener en casa a un hombre que interrumpa mi rutina. A menos —sonrió fugazmente—, que pudiera mantenerlo en su perrera y sólo sacarlo de vez en cuando para rascarle las orejas o darle un bombón de chocolate.

Estiró los brazos y suspiró.

—No tengo arreglo, querida, ni aguanto a los hombres, ni puedo vivir sin ellos.

—Lo que yo necesito —dijo Rita frotando el borde de la copa—, es saltar a un pozo de agua fría. No me basta con prepararle las comidas a Alvaro y hacer la limpieza de la casa. Siento que me estoy enmoheciendo. A veces pasan días sin que nada logre electrizarme y me da miedo.

—¿Y tus traducciones?

—Me divierto cuando trabajo en un libro que me gusta. El año pasado traduje una novela de Cary y gocé haciéndolo, cuando terminé el libro sentí que conocía a Cary casi mejor que a un amigo íntimo, llegué a cobrarle afecto, a sentirme su cómplice, pero la mayoría de las veces tengo que aceptar lo que caiga. ¿Cómo te sentirías convertida en perita de alimentación de vacas y abono industrial?

Mireya se echó a reír y Rita la miró con ofendida dignidad.

—Chistoso, ¿eh? Ayuda a pagar la renta y puedo comprarme un modelito de vez en cuando, pero no hay nada creativo en eso. Lo más que puedo decir es que me ayuda a llenar algunas horas vacías.

—Los psicólogos te dirían que hay un remedio muy eficaz para ese vacío —sonrió Mireya.

—¡Oh, no! ¿La gozosa certidumbre de que

en
A
e
a
y
o,
el
e

cada mañana me encontraré con fórmulas que preparar, botellas para esterilizar, una infinita serie de pañales que huelen a amoníaco para lavar y hervir? No, gracias. A estas alturas no me resulta divertido jugar a las muñecas. Mi instinto maternal nunca fue muy feliz que digamos, pero ahora es tan nulo como el de un gato. Alvaro quiere un hijo. Después de casarnos, claro. Socialista o lo que sea, respeta las convenciones, pero yo no tengo la menor intención de entregarme a las cadenas de la maternidad.

Entrecerró los ojos y reclinó la cabeza en el sofá:

—Mientras no me deje atar así, puedo darme el lujo de sentarme a mi escritorio y tejer cuentos de hadas: soñar que consigo un trabajo en la UNESCO en París y que todas las tardes, después de la oficina, me dejo envolver por ese fuego sordo del que habla Oliveira y que el moho en la Cour de Rohan me devuelve irremediable.

—Decime, querida —dijo Mireya—, ¿está Alvaro incluido en esos planes?

—¿Qué sé yo, Mireya. Te dije que eran cuentos de hadas.

—¿Y Johnny quería hijos?

—Sí, pero era estéril. Paperas cuando adolescente o algo por el estilo. No lo supo sino hasta mucho después de habernos casado. Quisimos adoptar un niño, pero al fin nos conformamos con un dachshund que murió aplastado.

Mireya dejó su copa sobre la bandeja y se puso de pie:

—Déjame que te muestre en lo que trabajo ahora, el reto al vacío de Mireya Rojas.

Se encaminaron hacia la mesa de trabajo. Mireya encendió una batería de reflectores en el techo y levantó el resplandeciente trapo blanco que envolvía el bulto de arcilla. Rita examinó el atormentado torso masculino que surgía de la base, los músculos acordonados y tensos del cuello, de la espalda.

—Me gusta —dijo palpando un hombro nudoso—, me hace recordar el Laoconte.

Mireya asintió.

—Cuando lo termine estará luchando con un pulpo gigante, un tentáculo alrededor del cuello así —iluminó sus palabras con un gesto.

—Es de una gran fuerza.

—Me tiene obsesionada —dijo Mireya—, especialmente el pulpo.

Apagó los reflectores y regresaron al sofá.

—Me gustaría hacerlo en escala monumental —bronce con pátina— y colocarlo en el parque frente al mar. La idea me vino mientras leía Moby Dick, ¿lo conocés?

—Sí —dijo Rita—, Johnny era un apasionado de Melville.

—Para mí significa la vejez —dijo Mireya volviendo a llenar las copas.

—¿Qué cosa?

—El mal, la idea del mal irremediable, el pulpo.

—A mí también me aterra. El miedo a hundirme en la senilidad sin darme cuenta.

—Pero observar el proceso. Los tentáculos que te alcanzan, te envuelven, te tiran de la piel —dijo Mireya mirando el suelo.

Tenía los párpados ligeramente enrojecidos, de las esquinas de los ojos le brotaban patas de gallo. Después que cumplís los cuarenta —continuó—, no hay lucha que valga. Los tipos se muestran demasiado entusiastas cuando te hacen cumplidos, empiezan a alabarte los trajes, el peinado.

—Lo que pasa —la interrumpió Rita—, es que somos mujeres sin nicho. Nuestras madres eran felices criando hijos y enseñando el catecismo, pero nosotras fuimos demasiado lejos: hemos descubierto que la vida puede y debe producir choques eléctricos, que no tiene por qué ser una rutina letal y sin sentido.

—¡La igualdad de los sexos! —dijo Mireya con amargura—, cuentos chinos. Apenas queremos independizarnos nos encontramos con que es un mundo para hombres. A menos que nos entreguemos a un macho no hay sitio para nosotras. Edmundo, por ejemplo, da por descontado que soy su propiedad y eso que no se casó conmigo.

Encorvó hacia el mentón los hombros estrechos y caídos y continuó:

—La última vez que vino empezó desde que apareció en la puerta. Que con quién me había acostado anoche, que aún olía a hombre, que no era más que una puta y patatín y patatán. Me cela hasta con el último infeliz, si pudiera ya me habría metido en un cinturón de castidad.

—También es culpa nuestra —dijo Rita recogiendo las piernas bajo la falda—, en el fondo tenemos mentalidad de esclavas, amamos nuestras cadenas, nos sirven de pretexto para no hacer nada.

Mireya se levantó inquieta y cerró la ventana.

—Hace frío, voy a encender la chimenea.

—Y si es así de posesivo contigo, ¿por qué no deja a su mujer? Total, ya los muchachos están grandes.

—No me lo preguntés a mí. Su carrera brillante de abogado, supongo, sus hijos, su coche último modelo, su bungalow en Punta del Este y a mí me necesita como a un juguete, algo que pueda bajar del estante de vez en cuando: una amante devota y fiel para completar su cuadro, pero allí se equivoca.

—Johnny se moría de rabia cuando me resistía a actuar como mujer modelo en los círculos diplomáticos.

—¿Todavía lo querés, verdad?

—No, ya no. Pero —dibujó con la mano un indeciso arco—, es difícil pasarle una esponja a once años de tu vida, pretender que no pasaron. No sé qué me ocurre últimamente. Pienso demasiado en él, sueño con él, me sorprende reviviendo episodios que creía haber olvidado.

Mireya estrujó algunas hojas de periódico y se arrodilló frente a la chimenea. Metódicamente construyó una pirámide de trozos de leña, les arrió un fósforo y contempló las naciéntes llamas deslizándose hacia arriba.

—Fueron años importantes para mí. Me descubrí como persona —dijo Rita con voz apagada—. Todo fue espontáneo y fácil al comienzo. Descubría su herencia mexicana, lo deslumbraba ese mundo. Cada fin de semana me llevaba a explorar lugares nuevos.

Mireya la volvió a ver desde la chimenea.

—En los primeros años Edmundo me llevaba a menudo a esas bôites oscuras donde apenas le podés ver la cara a tu compañero. Pedíamos tangos de la época de Gardel y milongas viejas. Horas enteras bailando antes de venir aquí.

—Pero tenía otro rostro que no le conocí hasta después: una veta calculadora y fría que le cambió el carácter.

Se detuvo abrupta. Súbitamente se dio cuenta de lo absurdo que resultaba pretender dibujar los entrelazados hilos de dos vidas: era tan confusa la trama que ni siquiera ella podía entenderla. Mireya murmuró algo sobre sí misma, sobre Edmundo.

No fue sólo culpa suya, claro, pero esa herencia Asvogel— el Johnny cuadrado, vengativo— lo dominó al embarcarse en su cruzada. Lo fue separando de todos los demás, de mí, inclusive, porque no compartía a ciegas su Verdadera Fe. Creía que estaba haciendo algo muy

valioso para su país, para el mundo entero, quizá, y yo fui oportunista y me guardé mis objeciones más serias porque tenía ganas de viajar, de liberarme de una rutina que ya me amenazaba. No, no fue oportunismo. Jamás me imaginé lo duro que iba a ser: no sólo las barreras sutiles e impenetrables de las esposas WASP. Después de todo nada tenía que ver con ellas. Era mi propia gente: el menosprecio velado en ciertas voces, la mirada burlona informándome que me había vendido, que era la concubina de un nuevo romano. Atrapada en tierra de nadie y según Johnny el problema no existía.

—Al final ya no importaba —dijo reanudando el diálogo—, una película, cualquier cosa, siempre acabábamos en las mismas, interminables peleas—, imperialismo yanqui, Fidel, las taras de los países subdesarrollados— dándonos latigazos certeros en las llagas como sólo una pareja sabe hacerlo.

—Noches enteras el uno frente al otro —dijo Mireya—, sin conversar como dos seres humanos, sin hacer el amor, simplemente martirizándonos, hiriéndonos, golpeándonos con palabras, reviviendo acusaciones viejas que los dos sabíamos de memoria y nos habíamos jurado olvidar.

—Igual nos pasó a nosotros. Acabamos convirtiéndonos en los representantes de los nacionalismos yanqui y latinoamericano. De haber seguido así me habría vuelto histérica y el masoquismo no es mi fuerte.

—Sólo vi a Johnny una vez —dijo Mireya tomando un sorbo de su copa—, parecía un tipo interesante.

—Fueron idiotas esos últimos meses. Nos semejábamos a dos chiquilines de diez años peleando por cuál de los padres era el más fuerte. Odio los gestos feos, las peleas sin sentido. Cuando eso empieza a ocurrir lo mejor es largarse. Pero no se puede olvidar a Johnny así no más; esa manía suya de tomar cualquier situación por sólida que pareciera y descascararla poco a poco hasta que aparecía el absurdo.

Se detuvo de súbito.

—Pucha que me pongo tanguera. ¿No le has echado nada al vermouth? Dime una cosa, Mireya, si se torturan así con Edmundo ¿por qué no lo mandás a la porra de una vez?

—Lo he intentado. Mil veces he querido acabar pero no puedo. Apenas aparece en la puerta vuelvo a convertirme en plastilina. ¿Los otros? Una forma de obligarlo a que me preste atención, supongo. Después de unos días empiezan a fastidiarme. Un hombre maduro, alguien por

quien pueda interesarme, no se deja atrapar como uno de esos muchachitos unirrostrados que revolotean a mi alrededor.

La mujer araña y el hombre tragamundos. Qué lucha estéril.

—Es como una pieza de escultura que nunca sale bien —dijo Mireya volteándose el anillo—, sé que está fundida pero sigo insistiendo, no puedo dejar de cincelar. Lo mejor sería abrir el gas y acordarse de no encender un cigarrillo.

—Caray que nos ponemos trágicas —se levantó Rita.

—No te vayas —suplicó Mireya.

—Si me quedo un rato más acabaré por sentir lástima de la leona. Gracias, Mireya, me hizo bien hablar contigo.

Se detuvo en la puerta con la mano en el picaporte.

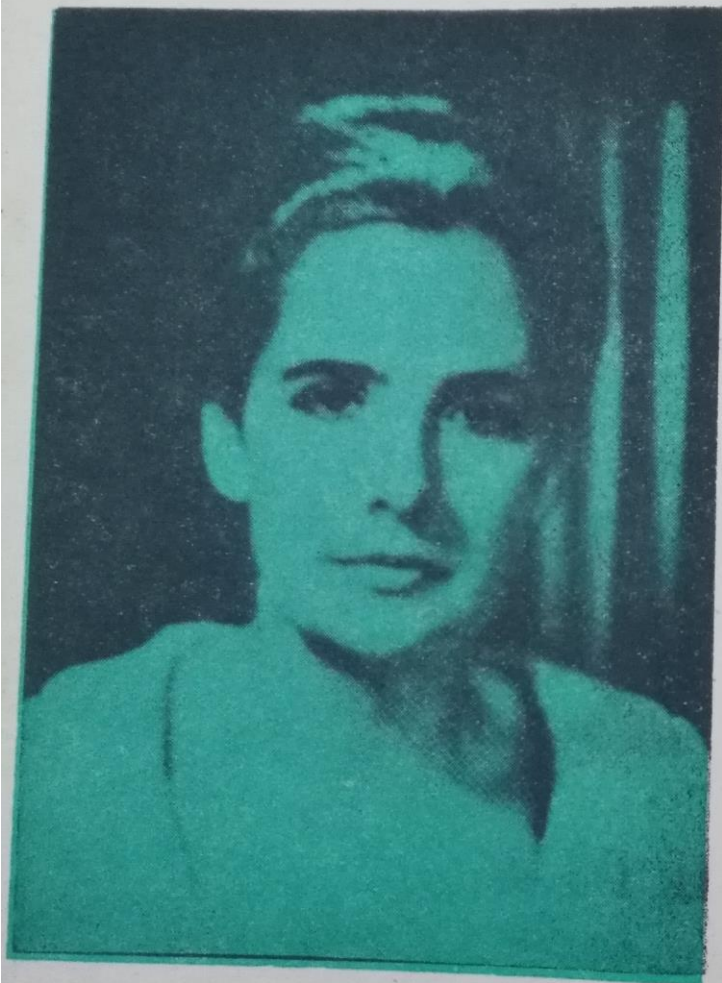
—El miércoles dan *Jules et Jim* en el Cine Club, ¿qué dices si vamos juntas?

Mireya la miró sin enfocar los ojos, dándole vueltas al anillo, dándole vueltas al anillo.



Julieta Pinto

Seis Cuentos



JULIETA PINTO nació en San José, Costa Rica, el 30 de enero de 1940. Ha publicado Cuentos de la Tierra (1963), Si se Oyera el Silencio (1967), La Estación que sigue al Verano (Premio Nacional de Novela, 1969). Tiene inédito El Rostro de la Lluvia y Los Marginales.

En su obra, dice Azofeifa, hay cierto verismo que desasosiega. Pero de pronto está ahí el relato de la "vieja casona", el entrañable sentimiento del campo y la tierna voz de la tierra. Sus cuentos tratan tanto lo urbano como lo rural, y reflejan una madura sensibilidad que sabe captar lo que pasa inadvertido, en silencio, todos los días.

Julieta Pinto
Profesora de Literatura
Hispanoamericana
Centro Regional de San Ramón
Universidad de Costa Rica

CR 8634

P659C

Seis Cuentos

LA PIEDRA Y LA NIÑA

Era una piedra plana cubierta de pequeñísimas hojas secas. No querían morir, y se pegaban a ella dándole su color amarillo, a cambio de la esperanza de sobrevivir. Eran de un árbol de cedro cercano que en invierno tendría su sombra verde oscuro, y en verano sólo aquellas gruesas sombras de sus ramas.

La piedra lo había visto nacer; un corto tallo verde sin luz y tembleque, con dos pequeñísimas hojas. ¡Cómo se había preocupado cuando un día llegaron dos hormigas y lo partieron por la mitad! ¡Qué días más largos mientras esperaba que las hojas volvieran a crecer, o que el tallo cortado muriera definitivamente! Pero la vida triunfó al fin y el retoño apareció y continuó creciendo a través de los años. Tal vez cerca de cincuenta tenga ahora, y la fuerza y tamaño de sus ramas desafían el rayo. A pesar de su altura tiene gran respeto por la piedra que lo vio nacer, y le pide consejo. Una vez los pájaros carpinteros hicieron nido en sus ramas y la piedra le aconsejó perderlas, para no tener a los pájaros picoteando su corteza cada año. Los carpinteros huyeron de aquel árbol tan poco hospitalario. En cambio las ardillas y zorros construyen allí grandes nidos de hojas y el árbol les ayuda a ocultarlos, para burlar la persecución del hombre. Las crías poseen ramas suficientes para practicar sus piruetas antes de ausentarse del nido para siempre. El árbol siente la partida de la juventud que lo alegra en las mañanas del intenso sol de mayo. Los pájaros cantores no buscan mucho sus ramas para hacer nidos; prefieren el higuero vecino que les da albergue y alimento al mismo tiempo. Sus frutos rojos son la delicia de todas las aves, y en las mañanas la algarabía es ensordecedora. Esta pequeña amargura la esconde el cedro y su secreto sólo la piedra lo sabe. Sus frutos son amargos y su olor acre y penetrante ahuyenta los pájaros.

En el invierno llueve tanto que la piedra,

en vez de hojas amarillas, se recubre de un musgo verde oscuro que la hace confundirse con la vegetación en torno. Esto no le agrada, pues está muy orgullosa de ser piedra y saber tanto sobre tantas cosas. La vida vegetal es tan corta...; la de este pobre musgo que la cubre no dura más que el invierno. En el verano no se puede reproducir por falta de agua y muere. En cambio ella, si comenzara a contar todo lo que ha visto, no terminaría nunca. Pero hay algo especial en su recuerdo. Algo que la llena de dulzura y la hace sentirse suave, a pesar de su dureza.

Sucedió hace algunos años. Fue un día de verano. El sol que atravesaba las hojas del árbol se reflejaba en la piedra. Al agitarse las ramas, las gotas de luz se movían iniciando un baile fantástico. El olor del verano —hojas secas, caña de azúcar, frutas en sazón—, se sentía en el aire y lo hacía dulcete y tibio. Los pájaros hacían gran algazara, y el bullicio de un grupo de niños se acercaba. La piedra no era amiga de éstos, porque cada vez que llegaban hacían volar las hojas amarillas con sus manecitas inquietas por coger las gotas de luz. Además, con sus brincos maltrataban las pobres hierbecillas que crecían a su alrededor y que ya amarillas por el verano, sobrevivían a duras penas. Allí quedaban mustias y despedazadas, y sin fuerzas para levantarse.

Pero ese día largo nuevo llamó la atención de la piedra: una niña de cinco años se separó del grupo y buscó asiento en ella, ¡qué poco pesaba su cuerpo delgadito! y con una mano muy suave comenzó a acariciar la luz en la piedra. Esta a pesar de los años se sintió enternecida, no recordaba que nadie la hubiera acariciado así... Pero se sorprendió más aún, cuando la niña enroscándose sobre sí misma, se acomodó en ella, como si fuera suave como un regazo. ¿Es que el súbito cariño había vuelto blanda a la piedra? Esta no salía de su asombro, pero sin quererlo una ola de ternura la inundó y su corazón de piedra latió lleno de

amor hacia aquel ser suave e indefenso. Los demás niños partieron y la niña permaneció en el azul del cielo. Estaba embelesada contemplando la luz y sintiendo las caricias del viento y del sol. Al fin se levantó como saliendo de un sueño, y recogiendo las hojas, las esparció sobre la piedra murmurando que volvería al día siguiente. Allí nació una gran amistad entre las dos. Cada día llegaba a soñar un rato y a contarle sus penas: el hermano había matado una mariposa, la rosa blanca no pudo reventar porque una araña la había envuelto en su tela; a la ardilla de cola negra se le quebró una patita y hubo que enyesarla; a su potrillo se le murió la madre y había que alimentarlo con botellas de leche, y acariciarlo cada vez que relinchando la llamaba. La piedra lo oía todo y hubiera deseado que la niña entendiera su lenguaje. Sabía de la maldad de los hombres y temía por su bella amiga. Pero lo único que podía hacer era ablandarse para que su cuerpecito se acomodara mejor.

Llegó el invierno y la niña partió. La piedra aunque amaba el agua y el mundo verde, se sintió nostálgica y deseó que volviera pronto el verano. Los días se hicieron largos y la lluvia continua. Las ramas del árbol lloraban incansablemente sobre ella. ¡Raro que no le hubieran abierto huequecillos las gotas de tan suave que ahora se sentía!

Por fin volvió el verano y al romper el viento le trajo a la niña. La piedra tembló y se hizo de cera cuando sintió el delicado peso de su cuerpo. Nuevos días felices, nueva vuelta de muchos inviernos y los años pasaban y la niña crecía. Cada año le costaba más acomodarse en la piedra, y ésta sufría al no poder crecer.

Supo la piedra de los primeros dolores de la niña, dolores que ella había previsto al saberla tan sensible. Una tarde su cuerpecito se estremeció de sollozos mientras le contaba que había descubierto la injusticia en el mundo; jugando una tarde con varios amigos su madre le había traído un vaso de leche. Nunca tenía hambre pues siempre había cosas más importantes que hacer. Al afirmar colérica que no se tomaría la leche, uno de los niños se la pidió, diciéndole que no había comido porque en su casa no tenía alimento. Al principio quiso reírse creyendo que era broma, pero cuando la miró a la cara y comprendió la verdad, no hizo más que correr a su refugio y llorar encima de la piedra hasta agotarse. Esta deseaba poseer brazos y voz humana para abrazarla y arrullarla en voz baja. Se sintió tan inútil y tan dura, que por primera vez renegó de ser nada más que una piedra. Cuando la niña se levantó, ya casi de noche, en el fondo de sus ojos claros y

transparentes había un reflejo nuevo de saber y dolor que encogió el corazón de la piedra. Sospechaba que este reflejo crecería cada vez más, hasta ocultar la claridad primitiva.

Otro día, ya más grande, la supo enamorada. Nueva luz en los ojos que los hacía profundos. Sangre joven palpitante, y un alma estremecida. Y la piedra otra vez temió por la niña. Ese amor que la niña le confiaba no podía ser humano. Era el amor perfecto que su alma buscaba, y la experiencia de la piedra sabía que un amor así se daba cada mil años, y que los mil años no habían transcurrido todavía.

También temía perderla. Si el dolor era muy grande, si la desilusión muy profunda, la niña no volvería. El golpe la haría madurar y la piedra perdería a su amiga. ¡Qué días de angustia pasó buscando en los ojos la señal! Cada vez que aparecía temía que fuera la última y si pasaban varios días sin que viniera se atormentaba diciéndose que no volvería.

Y una tarde llegó. Pero no hubo llanto. Sólo un silencio profundo y una quietud de piedra. Ni una palabra ni un gemido salieron de sus labios pero la piedra sabía y no quiso mirarla a los ojos.

Las horas transcurrían y todo era quietud. La inmovilidad de la piedra se había contagiado a la niña y las sombras envolvían a las dos.

El tiempo las hacía hermanas, pues el golpe había hecho envejecer siglos a la niña. El dolor se había adueñado de ella y la hacía igual a los demás. La piedra lloraba a su niña perdida, y cuando la mujer se levantó, la piedra no sintió su ausencia.

LA VIEJA CASONA

Los murciélagos que por tantos años habitaron los cuartos desiertos, salieron chillando al entrar el sol por las ventanas. Nubes de corpúsculos diminutos de polvo iniciaron un baile fantástico en los rayos de luz, y la casona crujió con sus puertas. Su sonido no era el quejido cansado de un gozne o de una cerradura, sino un sonido alegre, como el gorjear de un niño cuando se despierta en las mañanas.

Era efectivamente un despertar. No se sabía cuántos años habían sus puertas permanecido cerradas, cuánto tiempo había sido habitada sólo por arañas y ratones.

Hacía mucho que sus paredes no escuchaban voces ni sus pisos sentían el roce de unos pasos. Sola y abandonada, el polvo la invadía, las goteras se infiltraban entre las tejas desacom-

saber
cedra.
vez

oras
pro-
alma
or la
odia
lma
que
los

dadas por el viento del verano, y sus brazos se cansaban de sostener una armazón que no daba abrigo a nadie. Cuando se creía ya inservible, que iba a recogerse para el sueño, una mañana la luz penetró de nuevo y pasos ligeros recorrieron las habitaciones. Sintió el agua correr por los pisos de ladrillos, la escoba y el trapo por los de madera. Las paredes fueron sacudidas y los muebles desenterrados de una capa oscura y fina de polvo. Sus entrañas se conmovieron al oír el vagido de un recién nacido, y su esqueleto se enderezó como el de un abuelo ante la figura erguida de su nieto.

La joven agotada se dejó caer en un sillón. Su cara roja por el ejercicio estaba húmeda de sudor y una sonrisa de satisfacción jugueteaba en sus labios. La casa estaba habitable de nuevo. Contempló al pequeño que dormía en su canasta, ajeno al ajetreo que se desarrollaba a su alrededor. Sus facciones se ensombrecieron.

Yo soy ahora la madre. Me toca desempeñar este papel y no lo he aprendido todavía. Ha sido fácil ser hija. Vivir ajena a lo que significa responsabilidad. Recibir sin saber que se recibe, como algo natural, casi una obligación. Esta casona fue el marco de mi niñez, mi crecimiento angustioso, el descubrimiento de la muerte cuando mi padre nos dejó para siempre. Voy a vivir bajo las mismas paredes que mis padres, que mis abuelos. Recorreré con mi hijo las mismas etapas que ellos recorrieron, imitaré sus gestos y sus palabras. Oiré la lluvia caer sobre las tejas y su espesa cortina borrará el paisaje que veo desde el corredor. Soñaré los mismos sueños de mi madre cuando se quedaba pensativa con la aguja enhebrada y los ojos perdidos en el borde celeste de las montañas. Sentiré la impaciencia de mis hijos tirándome de la falda, y mis ojos tendrán esa mirada perdida que tanto me impacientaba.

Recorreré la finca observando las nuevas siembras. Tan antiguas como la tierra misma, cuando las hierbas crecían cada invierno y morían cada verano. Hoy son los cultivos, pero el ciclo de las estaciones continúa y el verano precede al invierno como mis padres me precedieron a mí. Las voces de mi madre y de mi abuela están confundidas en estas paredes, son una sola que se une a la mía para darle más resonancia.

Los juguetes sacudidos del polvo de los años recobrarán la vida después de soñar tan largo tiempo; el caballo de madera galopará con mi hijo mayor, y la muñeca de porcelana con un brazo postizo contará la historia de su desgracia, mientras una hija mía de ojos oscuros la mece en la pequeña poltrona de brazos roídos por el comején.

Se sobresaltó al ver las sombras absorbiendo la luz. Había comenzado la lucha de la que siempre salían vencedoras. Sintió rebullirse al pequeño y supo que tenía hambre. Se acercó a la cocina para calentarle la leche. No había notado lo tarde que era.

Creo que va a ser difícil aprender que los niños comen a horas fijas, que debo tener presente el reloj y no permitirme vagar en el tiempo como lo he hecho todos estos años. Aun recuerdo la sorpresa cuando la sirvienta me decía que hacía rato me llamaba a comer. ¿A comer?, repetía asombrada; pero si el sol está alto todavía. La sonrisa de malicia me hacía mirar hacia el poniente; nubes de colores luchaban por sostener el disco rojo que se les escapaba descendiendo cada vez más. Me apresuraba a acercarme a la mesa iluminada por la misma luz que teñía las nubes y pedía disculpas por llegar tarde. La voz severa de mi padre repetía: "Recuerda que me gusta terminar la comida antes de que oscurezca. Detesto la luz de las bombillas que destiñen los alimentos y el sonido de los murciélagos gritando en la oscuridad". Rápidamente sorbía mi sopa de celajes.

Ahora soy yo que la debe cuidar que la comida se sirva a sus horas, que el sol no se acueste sin que yo lo sepa y que mi hijo tenga la leche lista al despertar. El baño diario, sus alimentos regidos por un reloj que debo cuidar y vigilar cada hora sin permitir que salte el tiempo o se quede estancado como a veces me sucede.

Llevó la leche al niño que la pedía con su única arma: un llanto impaciente, colérico, que al no ser atendido prontamente se convertía en un vagido angustioso. Su vocecita denotaba el terror del abandono que ronda las cunas de los recién nacidos.

Vagamente veo mi figura recostada en vez de la del niño y mi madre con la botella de leche mientras me acariciaba suavemente. Mil palabras cariñosas salían de sus labios. Aunque no las entendía, su tono me daba una sensación tan reconfortante como la leche que sorbía. Era la certeza, la seguridad de que había alguien que me cuidaría siempre y mis ojos se cerraban tranquilos.

Ahora contemplo las paredes gruesas y un estremecimiento me recorre. Siento como si estuviera presa, como si el reloj y la casa fueran verjas de hierro que no me dejarán salir jamás. Una sensación de angustia me invade. No soy libre, lo dejé de ser en el momento que nació mi hijo, desde el día en que su boca golosa se prendió de mis pechos y sus labios hicieron salir hilos de leche. La responsabilidad me aterra, yo no soy como mi madre ni como mi abuela. Soy diferente. Deseo estar sola y dejar volar

mis pensamientos por regiones desconocidas donde el tiempo y el espacio se unen en una sola línea continua sin escollos ni quiebres. Me gusta sentarme a la orilla de un río; hacer un largo viaje en el corazón de una hoja que tuvo la suerte de caer en sus aguas. Juntas recorrer distancias inmensas y por fin sumergimos en un agua clara, sin fronteras y donde se desconoce el tiempo”.

“A veces la tierra me cansa y mi pensamiento se va en una nube buscando alturas, estrellas, mundos nuevos, que se pueden ver también a través de los árboles cuando reposo de espaldas a la tierra y las hojas forman un encaje que aleja aún más el cuadrado azul del cielo. Los minutos, las horas y los días se confunden en un segundo de eternidad”.

El niño se quejó y ella lo miró sorprendida. Había terminado de tomar la leche sin que se diera cuenta y la miraba con una interrogación en sus ojos azules. Se sobresaltó al ver que no dormía. Parecía que había estado leyendo sus pensamientos y en sus ojos se leía el temor. Un impulso la hizo abrazarlo y, acunándolo, comenzó a susurrarle las mil palabras de cariño que sólo una madre conoce. No sabía dónde las había aprendido ni cómo salían de sus labios. Minutos después el niño dormía tranquilamente mientras un hilito de leche se escurría por sus mejillas.

Un suspiro largo, tenue, se escapó del corazón de la vieja casona. Ya no temía al tiempo. Se sintió tan joven como recién construida, cuando su madera aún tenía el olor del bosque, el color de las hojas tiernas, y sus brazos fuertes sostuvieron con orgullo las paredes desteñidas.

EL PEZ AZUL

Los sueños se ocultaron presurosos al contacto con la luz, y sus ojos adormilados comenzaron a recibir imágenes que despertaban en su mente la realidad. Los últimos minutos antes de dormirse y los primeros al despertar son estados que no permiten realizar si se está vivo o muerto, como pasos intermedios de la luz a la sombra en que se pierde la visión y reina el desconcierto. Poco a poco las figuras conocidas cobran relieve, y la mente dolida de abandonar regiones desconocidas y atrayentes en su misterio, va recobrando la calma y por medio de relaciones se sitúa en el espacio. Soy yo, estoy vivo, esta es mi casa. Pero esa mañana no era su casa. Un cuarto desconocido, objetos diferentes, lo sobresaltaron y sólo al incorporarse vivamente pudo comprender que no estaba soñando, recordó que había llegado hacía dos días

a Puerto Limón. El viaje en avión había sido toda una experiencia, y de la mano de su madre sintió el corazón acelerarse al mismo tiempo que el motor y cuando el ruido alcanzó el máximo de velocidad y se tambaleó el avión al desprenderse de la tierra con el esfuerzo de un alma que abandona el cuerpo su mano estrujó la de la madre y cerró los ojos atemorizado. Pocos instantes después, al sentirse mecido entre las nubes los abrió, y se maravilló al contemplar los techos de las casas desaparecer a lo lejos, y acercarse las montañas color azul. Nubes blancas, como velos de espuma, gateaban en los valles, y eran tan tenues que permitían ver a través de ellas. ¡Qué sensación de libertad experimentó al sentirse por encima de la tierra! Sabía la altura de la montaña, y verla como un montículo azul, como el que su madre ponía en el portal de la Nochebuena, le hizo experimentar esa embriaguez de poderío y fuerza que siente el hombre cuando logra vencer a la naturaleza aunque sea sólo por breves instantes. El viaje fue corto, tanto que sus ojos se abrían desmesuradamente para no perder detalle del paisaje siempre nuevo que se presentaba a su vista. Los ríos sin movimiento parecían dormidos, como si por un sortilegio se hubieran inmovilizado, y los árboles crecían al acercarse al mar, no sólo por la pérdida de altura del avión, sino porque la vegetación se hacía más alta y fuerte, como si quisiera oponer su fuerza al mar y demostrarle que estaba dispuesta a luchar si la invadía. Recordaba la impresión del aterrizaje cuando una raya gris se iba ensanchando hasta dar cabida al aparato plateado, y el ruido de las olas, al apagarse el sonido del motor. Un viaje en autobús pasando por casas destartadas y cuyos corredores contenían negritos de todo tamaño. Con la barriga desnuda y el ombligo saltado como un botón mal puesto, agitaban frenéticamente los brazos, saludando al chofer. Probablemente el paso del camión era una de sus entretenciones favoritas que les distraía el hambre que padecían sus cuerpos jóvenes. Se notaba la miseria en las casas en pedazos, en la gente con harapos y en las caras macilentas de los viejos, cuyo cuerpo encorvado y su color oscuro los hacían semejantes a simios.

El hotel tenía el aspecto de todos los hoteles, pero los dueños le imponían su sello personal de amabilidad espontánea, característica que tenía toda la gente del puerto: el chofer, el dueño de la lancha, el hombre que alquilaba las bicicletas, y hasta el chiquillo que vendía la lotería, y con su cara expresiva obligaba a la madre a comprarle, tenían ese trato amable y campechano que contrastaba con la gente hosca de la capital. Todos descaban que el forastero conociera la ciudad y la llegara a amar como ellos mismos. Insinuaban lugares nuevos, que nunca defraudaban porque la belleza del trópico en el

Atlántico sobrepasa todo lo imaginable. Todavía tenía en sus pupilas la luz del río Mohín, leaban al contemplarse en la quietud de sus aguas y la maravillosa playa que encontraron al desembarcar. Era una pequeña franja de tierra que luchaba por sobrevivir entre el mar y el río. Los cocales con sus hojas verdes y doradas ignoraban el peligro en que vivían y perezosos como mujeres en hamacas, se balanceaban sin importarle el tiempo. Todavía su corazón late apresurado al recuerdo del pito del tren, que sonó en el preciso momento en que atravesaban el puente de vuelta a la casa, y el horror que sintió ante la vibración que se comunicara a su cuerpo a través de las tablas colocadas a ambos lados del puente para refugiarse en casos de apuro como el que ellos vivieran entonces. Si no hubiera sido porque los brazos fuertes de un pescador que se encontraba allí lo sujetaron, quizás se hubiera tirado al río ante la angustia de esperar el paso del tren. Le parecía que las tablas no eran bastante fuertes para soportar a su madre, al pescador y a él. El paso del tren los hizo tambalearse a los tres. Pero se sintió años mayor cuando llegó a tierra firme y lleno de orgullo por lo que contaría a sus compañeros. Su espíritu se impregnó de la belleza de playas como Portete y de rincones con la vegetación tropical estallando en retoños y hojas nuevas, de puestas de sol duplicadas al reflejarse en el mar, de salidas de la luna que al ocultarse el sol quizá se siente obligada a ocupar su lugar para no dejar el cielo desamparado y triste en la oscuridad. Su luz pálida era una triste copia de la otra, pero al reflejarse en el mar adquiría unos tonos brumosos que llenaban el ambiente de melancolía, y creaban otro mar, misterioso en la luz de sus olas.

Todo le interesaba y le emocionaba, pero desde que conoció el pez azul, las cosas se esfumaron en un kaleidoscopio de figuras y paisajes que le sirvieron de fondo a su ideal. El pez reinaba como dueño y señor de sus pensamientos, con la fuerza del primer amor y la persistencia del mismo, que aun definitivamente terminado, intenta resurgir en el tema de una canción o el color de una flor. Lo había visto el día anterior, cuando fueron a la isla de La Uvita. La lancha, a una velocidad de pez en estampida, salpicaba su cara de gotas de agua salada, roja de felicidad y luz del sol. El trayecto era muy corto y el mar tranquilo lo hacía aún más. El mar era una copia en un tono más oscuro del cielo, y las crestas de espuma parecían pinceladas blancas que rompían la monotonía del color. La isla inhabitada era un refugio de árboles y hierbas, una mancha verde oscuro que competía con el brillo del azul que la rodeaba, y sus costas de coral la defendían de la furia de

las olas en las noches de tempestad. . . En los días de calma, cuando la marea subía, el agua, desesperada por salir, se elevaba en chorros de espuma al encontrar un hoyo en el coral. Subía varios metros, y caía agotada por el esfuerzo. El agua era absorbida inmediatamente y el silencio privaba unos instantes para ser interrumpido por el sonido especial como de cangrejos en fuga, de un nuevo chorro de espuma. Nidos de patos silvestres hacían equilibrio en las rocas más altas y los padres revoloteaban cuidando a sus pequeños del peligro de intrusos. Se alejaban un poco y sus cuerpos ágiles caían al mar como si una flecha los hubiera atravesado: segundos después se levantaban triunfantes, con un pececillo en el pico entreabierto.

La fauna marina en las rocas era extraña y su semejanza con las flores y los frutos, asombrosa. A su vez, las algas y corales en el fondo de las rocas, se miraban en la transparencia del agua al moverse con las olas, semejantes a animales marinos. Inclinado en la contemplación de tanta belleza vio brillar de repente un relámpago azul que desapareció al instante, para aparecer nuevamente. Al principio no creyó que fuera un pez. El color era el mismo que el de las mariposas azules que correteaban en los potreros de la Meseta Central. Brillaba con la luz del sol al penetrar en el agua con tal intensidad, que parecía una lámina de papel azul de estaño. Inclinado sobre el borde del agua pasó largo rato contemplándolo. El pez parecía saberlo y con suaves movimientos desplegaba su belleza. Algunas veces la ola se lo llevaba, y cuando el niño desesperaba de volver a verlo, aparecía con sus destellos azules. El encanto de la isla se esfumó, los erizos de mar y los caracoles no llamaron más su atención; sólo la contemplación del pez y el deseo de tenerlo en sus manos, para ver si era real, lo embargaba. Las rodillas le dolían de estar de hinojos y su mano trataba inútilmente de atraparlo. Con disgusto obedeció al tercer grito de la madre que lo llamaba presurosa porque la lancha iba a partir. Se durmió soñando con tenerlo entre sus manos y descubrir el secreto de su brillo. De nuevo el recuerdo hirió su mente, y se levantó presuroso para ir a la isla. Pero esta vez sí lo pescaría. Llevaba consigo una redcilla en forma de bolsa de cazar mariposas y estaba seguro que lo atraparía. Había preguntado al dueño de la lancha por el pez azul, pero el dueño lo contempló curioso, diciéndole que nunca había oído hablar de peces de ese color. Y él, que estaba seguro de su pez, descaba enseñarlo a todos para que no creyeran que el sol lo había creado en su cabeza. En cuanto llegaron a la isla tomó al mismo lugar donde lo viera el día anterior. No tardó mucho en aparecer y el niño se emocionó al verlo. Le pareció aún más brillante que el día

anterior y embebido en su contemplación olvidó la red. El pez hacía movimientos cada vez más rápidos, parecía que se multiplicaba y que había tres o cuatro peces en lugar suyo. Luego cansado reposaba, y en la quietud parecía una mariposa sobre una flor de piedra. En uno de esos descansos sumergió la red con gran cuidado, envolvió al pez en ella y tiró, gozando de antemano el resultado de la pesca. Su sorpresa fue enorme al contemplar la red vacía. Creyendo que el pez se había escurrido en último momento, probó otra vez con idéntico resultado. Impaciente trató de cogerlo una y otra vez, pero cuando estaba seguro que ya era suyo, aparecía sólo el agua escurriéndose por los huecillos de la red. Y el pez sin miedo ante el peligro volvía una y otra vez con sus movimientos acelerados o su quietud de cosa.

Su brazo cansado y sus rodillas adormecidas acusaban las largas horas que había pasado en la misma posición lanzando la red. Oyó la voz de la madre impaciente porque la lancha no esperaba y ese día tenían que volver a la capital. Tiró su inútil red, abandonó la isla y partió del puerto.

Años después, cuando la felicidad al alcance de su mano se esfumaba sin una razón lógica, pensaba en el pez azul convertido en gotas de espuma.

DESOBEDIENCIA

Esperó todo el mes la señal de que no estaba embarazada. Tomó taza tras taza de manzanilla y caña gris, levantó la tabla del moledero ella sola, era tan pesada que en otras ocasiones no se animaba a moverla. Barría la casa dos veces al día y luego le echaba pocos de agua traídos en una lata de manteca tan pesada que subiendo la cuesta sentía que se quería desprender su cuadril. Los pisos de tierra húmedos no dejaban levantar el polvo pero ella seguía en su afán de frotar la mesa y las sillas una y otra vez, como si en vez de polvo pretendiera arrancarles el color de la madera. Los chiquillos la veían asombrados de tanta actividad y se aprovechaban para montar en sus espaldas y trotar por el potrero mientras le gritaban: "arré arré caballito, corre más, corre más y te damos un terroncito de dulce". Mojada por el sudor y con las mejillas encendidas se dejaba caer en el pasto fresco después de varias carreras. Risas y cosquillas hasta que lograban ponerla en pie y el juego continuaba. Porfirio no decía nada. La contemplaba de reojo como esos niños que han hecho algo malo y no se atreven a mirar de frente. Un día que venía con los niños menores alzados y la cara tan encendida como las flores

silvestres que traía la niña a su lado, se atrevió a decirle: "Te vas a matar Paula". Ella lo miró con tanta dureza que bajó los ojos y no se atrevió a decir nada más.

Pasó el primer mes, pasó el segundo y ella lloró amargamente el temor que se había convertido en seguridad. Desde la noche aquella ella había seguido durmiendo con los niños y él no se había atrevido a recriminárselo. Después de dos meses regresó a su cama y le dijo que estaba segura que iba a tener un hijo, no había podido deshacerse de él. Su voz era tan angustiada que se le contagió el miedo y maldijo los tragos que se había tomado el Viernes Santo.

La culpa había sido de Ernesto, su cuñado. El estaba comprando una botella de leche en la lechería de los Ledezma cuando Ernesto le susurró al oído: "Seguíme viejo, y no te arrepentís". Olvidó que a Paula le urgía la leche para hacer el pan y lo siguió.

En el yurro, detrás de la casa tenía una saca pequeña y varias botellas llenas de líquido transparente. "Echáte un trago, sos mi compadre y nunca lo hemos celebrao". A la vista de las botellas olvidó que era Viernes Santo, que tenía que llegar pronto a la casa, y limpiándose la boca con el revés de la mano empinó la botella.

Las lágrimas llenaron sus ojos y controló las ganas de toser. "Está juerte el bandido". "¿Qué creiste que t'iba a dar cualquier cochizada?, echate otro pa eso sos mi compadre". El segundo trago le supo mejor, su garganta acostumbrada no le ardió tanto. La tercera vez no se limpió la boca con el revés de la mano sino que tomó la botella ansiosamente y en vez de un trago tomó dos seguidos. "Dejáte esa botella pa eso tengo más".

No pudo terminarla pues de repente en vez de un Toño vio dos, el yurro comenzó a agitarse como si se hubiera convertido en una culebra con escamas de espuma y la botella se le escapó de las manos sin que lograra detenerla. Ernesto se reía a carcajadas y él pensó que debía hacerse el ofendido. Se levantó poco a poco asustado de no poder guardar el equilibrio cuando los árboles comenzaron a girar sobre sí mismos. El trillo hacia la casa cambiaba de lugar y cuando lo iba a majar se escurría y él caía al borde del camino. Con los ojos bien abiertos para no golpearse contra aquellos árboles enloquecidos continuó avanzando paso a paso mientras su cuerpo se tambaleaba de un lado hacia el otro. Descubrió que estaba caminando en la oscuridad, una oscuridad que había calmado a los árboles y escondido el camino. Fueron las piedras las únicas que como las migas de pan

del cuento que su esposa le contaba a los niños, le condujeron a un río. Como en sueños recordó que era el río donde lavaba su esposa y que si subía una cuesta llegaría a su casa. La cuesta se había hecho tan empinada que tuvo que subirla con manos y pies. A veces resbalaba y deshacia lo andado, le daban ganas de quedarse dormido a la orilla del río pero el deseo que tenía de estar con su mujer le daba fuerzas para continuar la ascensión. Una bocanada de aire fresco lo golpeó cuando pudo pararse al final de la cuesta y distinguió la casa a pocos metros con las candelas apagadas. Su mujer dormía pero él sabía despertarla, estaba seguro que después se lo agradecería. Trastabillando llegó al cuarto y sus manos palparon el cuerpo caliente. Se quitó la ropa con gran dificultad y se introdujo en la cama. "¿Dónde te metiste, condenao?, toda la tarde esperando la leche y nada. Claro con el aliento que traís ya sé qué para no despertar a los niños. El no contestó pero sus manos buscaron el cuerpo que se le escabullía. No entendió las palabras que le suplicaban que la dejara en paz pues era Viernes Santo. El padre había dicho en el púlpito que en la Semana Santa se debían interrumpir las relaciones entre marido y mujer, sobre todo el Viernes Santo, pues podía nacer un monstruo. Ese día Dios estaba muerto y el diablo hacía que nacieran hijos suyos. No le hizo caso, ¿para qué había subido la cuesta entonces?, y a la fuerza satisfizo su deseo. Al día siguiente su mujer le habló sólo para decirle que si ella quedaba embarazada y tenía un diablo, él tenía la culpa. No se atrevió a defenderse, la única excusa era que los tragos lo habían hecho olvidar que era Viernes Santo. "Yo te lo dije, te lo dije muchas veces pero estabas borracho y no me oías". Y salió llorando de la habitación.

Los meses continuaron pasando y el estómago creciendo. Desde el tercer mes comenzó a sentir movimientos y se asustó. "¿Ves cómo es algo raro lo que tengo adentro?, ninguno de los otros chiquillos se ha movido tan ligero". "Tal vez es más juerte que los otros". "Claro que debe ser juerte, como que es hijo de vos sabés quien". Los dolores comenzaron en el cuarto mes, sentía que dos manos le abrían las caderas hasta dejarla sin respiración, que se metían en su estómago y le estrujaban el hígado y los riñones. Él la llevó donde el médico y no le encontró nada raro, no se atrevió a decirle lo del Viernes Santo pues bien sabía que en la ciudad no creen esas cosas y menos los doctores. Le preguntó si no sería mejor que se lo sacara y el doctor lo miró severamente: "¿Por qué no piensa eso antes de dejarla embarazada?, un aborto en este mes puede ser mortal". El viaje de regreso la cansó tanto que al día siguiente no

pudo levantarse. Porfirio trajo una hermana para que le hiciera el oficio y los chiquillos entraban cada segundo al cuarto como si quisieran convencerse de que su mamá estaba acostada.

Paula comenzó a perder los colores que siempre habían ostentado sus mejillas, comía poco y los ojos se hundieron en dos círculos negros. "Sé que me está devorando" le dijo una noche, y él lo creyó al ver su enorme estómago. Varias veces pensó en traer una comadrona para que se lo sacara pero las palabras del doctor lo detuvieron.

No tenía gusto en el trabajo. Cualquier chiquillo que aparecía lo hacía suponer que traía noticias de que Paula estaba mal, que los dolores habían aumentado, quizás que había muerto. No volvió a saludar a Ernesto por la complicitad que había tenido en el asunto y hasta se atrevió a ir un domingo a misa con los chiquillos para ver si Dios lo perdonaba. Desde que se casó no había vuelto a la iglesia, su padre decía que era cosa de mujeres y él así lo creyó. La primera vez que fue se sorprendió de la cara de la virgen, era tan linda que la contempló durante todo el tiempo que había durado la misa. Seguro habían traído la imagen hacía tres años cuando hicieron el campanario nuevo. Por más que Paula había insistido para que ayudara en las tardes a la construcción de las torres donde iban a poner las campanas, él se había hecho el tonto y se iba a la pulpería a jugar dados. Ahora se arrepentía, a lo mejor no le hubiera sucedido semejante desgracia si hubiera ayudado. El último mes Paula no pudo moverse de una silla. El peso del estómago era tan grande que se iba para delante si se ponía de pie. Su marido la ayudaba a pasar de la cama a la silla, y la cuñada tuvo que quedarse hasta que el niño naciera.

Ella nunca le dijo niño y no le tejió ni un par de escarpines. Le había dicho a Porfirio que debería ahogarlo en el momento en que naciera, sólo así podría librarse de él. Asentía para no contradecirla, pero no estaba tan seguro como ella.

Estaba macheteando un campo de chile de perro cuando llegaron a avisarle que Paula estaba con los dolores y había que llamar a la partera. En la prisa dejó el machete botado y partió a toda velocidad. Encontró a la vieja con la canasta de los instrumentos lista, y no se sorprendió oírle decir que lo esperaba para hoy. Paula gritaba cuando llegaron y se asustó al ver su cuello y cara hinchados. El estómago se movía como si hubiera un pleito de perros allí dentro y ella gritaba con cada movimiento.

"Va a ser un niño muy precoz", dijo la mu-

jer mientras ponía el agua a hervir y quemaba las tijeras en la llama de una candela.

“Va a ser tan fuerte como su tata”. Estaba tan asustado que no le prestó atención. Sus ojos no abandonaban un instante aquel movimiento del vientre y se imaginaba que debajo de la piel blanca algo negro y peludo se debatía. Comenzó a sudar, más de miedo que de calor aunque el cuarto cerrado había hecho irrespirable la atmósfera.

“Es tan grande que te va a costar”, dijo la vieja mientras le enjugaba el sudor con un paño. “Apretá los dientes y pujá”. Amarró una tira gruesa a ambos lados de la cama mientras le decía: “Esto te va a ayudar a pujar mejor”. Los quejidos se habían convertido en un bramido ronco que aumentaba en intensidad. La vieja se agachó y se levantó satisfecha. “Ya coronó, es cuestión de minutos”.

El tuvo que sentarse en una silla porque el temblor de las piernas no le permitía estar de pie, los dientes comenzaron a entrechocar unos con otros sin que lo pudiera evitar.

“No puje, no puje”, gritaba la vieja; “es tan grande que es peligroso que lo tenga demasiado ligero”.

Un llanto triste llenó el cuarto. Paula abrió los ojos y sus brazos se extendieron para recibir dos niños blancos y gordos que acurrucó en su seno.

EL DERRUMBE

Abrió los ojos y sintió el viento frío que penetraba por la ventana de vidrios quebrados y presagiaba la lluvia. Lluvia que caería en cualquier momento. Ahondando los barriales, cristalizando la humedad de las hojas y resbalando en grandes gotas sobre sus espaldas inclinadas. Se estremeció y saltó de la cama. Tenía esa costumbre desde pequeño. Era el único modo de cambiar la cobija caliente por el frío de la habitación. Se volvió a estremecer al ponerse los zapatos, estaban todavía mojados del día anterior.

Desde la muerte de su hijo las cosas habían cambiado totalmente. El chiquillo que le llevaba almuerzo todos los días, el que se acurrucaba a su lado como un perrillo con frío y esperaba el pedazo de tortilla que siempre compartía con él. El que caminaba a su lado en silencio con sólo el sonido de sus pies al chapalear en el barro, ya no estaba. Había nacido después de tres mujeres y él lo recibió como a un compañero. Las niñas eran de la madre, sus

juguetes incomprensibles, sus gustos muy diferentes. Desde pequeño Gabriel se interesaba por los carros que él le fabricaba con carruchas vacías y apostaba en las carreras de armadillos en el polvo del corredor. Se acostumbró a seguirlo a la lechería desde que sus pies lo sostuvieron y poco después lo ayudó a limpiar las boñigas, y a preparar el concentrado para las vacas. Se entretenía jugando con las terneras y cuando nacía un macho, dejaba escapar un suspiro de pesar. “Pobrecito, tan chiquito y ya tiene que morir”. El, Ramiro, era el encargado de matar los terneros a la semana de haber nacido. Sus cuerpos tibios se estremecían al contacto con el cuchillo y la sangre corría al separar las piezas de carne. Le explicó a su hijo que si no los mataba el negocio de lechería no servía, pero no logró quitarle la mirada triste. La gripe lo cogió una tarde de viento frío. La calentura subió tanto que su cuerpecillo se convulsionaba sin piedad. La Chepa le frotó el pecho y la espalda con injundia de gallina, le dieron borraja caliente y al tercer día decidieron llevarlo donde el doctor. Una fila interminable la hizo permanecer tres horas en espera de ser atendida. El niño acurrucado a su lado temblaba a intervalos. “¿Cómo se le ocurre traerlo por sólo una gripe? Si todos vinieran por tan poca cosa no habría tiempo para nada. Dele estas aspirinas una cada cuatro horas y déjelo dos días en cama”. Ella no supo qué responder; la mirada del doctor, dura e impaciente, no permitió explicarle lo de las convulsiones. Regresó arrastrando a Gabriel, que apenas se sostenía en pie, y de allí al final fueron sólo dos días: vomitaba las pastillas y la calentura subía más. Sus manitas frágiles se agitaban en busca de aire, y un ronquido continuo los mantenía despiertos. Como un pollito enfermo se quedó quieto y los quejidos de la Chepa lo obligaron a aceptar la muerte.

Es verdad que la vela estuvo muy concurrida, que la Chepa se pulió amasando el pan, que los amigos quedaron muy satisfechos, que el padre lo felicitó por tener un ángel que le allanaría el camino al cielo cuando él muriera y que todos le decían que era la voluntad de Dios, pero él no se podía conformar y cuando tuvo la gripe pocos días después, la figura de Gabriel rondó su cama día y noche. Parecía decirle algo pero no entendió sus palabras. Su carita pálida tenía la misma expresión de los días en que había que matar un ternero recién nacido. Y de allí le nació la peregrina idea de que su hijo no quería que él matara más terneros. Las pesadillas lo martirizaron esos días: vacas con facciones humanas le hablaban: “Casi no podemos caminar porque nos obligan a producir grandes cantidades de leche y todavía nos matan los hijos”. Desde ese día, pensamien-

tos raros lo asaltaban y los ojos de las vacas cuando se le quedaban mirando fijamente, lo llenaban de zozobra. Leía el reproche y sus manos temblaban cuando introducía el cuchillo en el ternero. Se decía que todo lo que le pasaba eran los efectos de la gripe, se había debilitado y no sería malo que tomara un poco de vino de carne. Pero el sueldo no alcanzaba desde que nació el último chiquillo. Las hijas mayores crecían y necesitaban un pedazo más de tela para sus vestidos, su apetito aumentaba con el tamaño del cuerpo, era mejor no pensar más en el vino de carne.

—Ramiro estás enfermo, te ves bien jodido, deberías ir donde el doctor.

—Viejo no te dejés, así empezó el compadre Pedro y no duró mucho.

—No tenés edad para estar tan acabado. Bebé más leche y verás cómo cambiás en pocos días.

Sus amigos se preocupaban por él, pero no podía darles gusto: no podía comer carne y la leche había comenzado a repugnarle. Los tranquilizaba con una sonrisa y las palabras de que estaba bien, que nada le dolía. Pero la noche lo contemplaba desvelado y tratando de resolver un grave problema: decirle al patrón que lo cambiara de oficio, que no podía matar un ternero más. No podía dar ninguna excusa pues él mismo no sabía el porqué y eso lo hacía revolverse en la cama hasta que despertaba a la Chepa. "Hombre, ¿qué te pasa, te duele algo?". "No, es una maldita pulga que no me deja dormir". No había duda, una pulga se había introducido en su cerebro y allí saltaba y corría buscando un lugar por donde escapar.

¡Decírselo al patrón! Venía los sábados y las manos se le humedecían con sólo su presencia. El temor al despido lo hacía balbucear cuando le hablaba y era incapaz de dar una explicación coherente.

Años vivió pidiendo limosna de casa en casa cuando su padre se quedó sin trabajo; días de no comer más que un pedazo de pan duro e irse a dormir con el estómago tan vacío que le impedía conciliar el sueño; mucho tiempo soportó los regaños de las dueñas de casa que lo trataban de vagabundo, y oyó el portazo cuando les decía que lo pusieran a hacer cualquier cosa. Ropa empapada por los aguaceros y vuelta a secar en sus espaldas; pies cansados de caminar distancias enormes, y la congoja de no haber conseguido suficiente comida para toda la familia. Luego obtuvo trabajo en esa finca. Primero cuidando las ternerillas. Les daba el alimento y las arriaba al potrero. Tenía que impedirles que comieran tierra y eran tantas y tan inquietas que no cesaba de correr de un

lado para el otro. El pichel de leche con que le pagaban compensaba los sudores. Poco a poco lo enseñaron a ordeñar las vacas más viejas, y cuando se casó con Chepa lo nombraron vaquero. El primer día que recibió los sesenta colones del sueldo no sabía qué hacer con tanto dinero. Le compró una blusa de seda a su mujer y un pantalón de lana para él. Después nacieron los hijos, uno cada año, y el dinero empezó a encogerse y encogerse hasta quedar reducido a unos pocos centavos para cigarrillos. La Chepa lo necesitaba todo.

Subió los hombros, terminó de beberse el café caliente, abrió su paraguas viejo y se lanzó al temporal. Una garúa fina crizaba las hojas del chile de perro y de berenjena. Formaba una malla fina entre sus ojos y el paisaje, y se deshacía entre los charcos del camino.

—Ramiro, andá a la paja de agua, la lluvia hizo un desbarrumbó y hay que quitarlo pronto. No se te olvide la pala.

—¡Otra vez la paja de agua! Ya me imaginaba yo que sucedería esto.

—Apurate, quisiera tenerlo limpio cuando llegue el patrón.

Caminó rápidamente hacia la lechería, recogió la pala y partió para la paja de agua. Llegó de primero y se asustó del daño ocasionado. Parecía que alguien con una cuchilla gigantesca había cortado una inmensa tajada del paredón y se había entretenido en desmenuzarla dentro del cauce de la paja de agua.

Miró con temor hacia arriba. La tierra suelta se humedecía aún más con la garúa. "Qué mala suerte, hoy sábado que llega el patrón. Y yo que había decidido decirle que me diera el oficio de pastero. Es el más pesado, uno se empapa al recoger el pasto y acomodarlo en la carreta. Miguel estará feliz con el cambio. Pero no me importa si al fin puedo dormir tranquilo. La vaca mocha tuvo un ternero y no tendré que matarlo yo".

Llegaron los otros peones con el mandador y comenzaron a sacar la tierra del cauce. De vez en cuando miraban atemorizados hacia arriba. Granos de tierra bajaban lentamente como si no quisieran separarse de la masa central.

—Sigan, no hay peligro, estos derrumbes suceden de una vez. No se oía más que el pujido de los peones al palear y el sonido apagado de la tierra al ser lanzada lejos.

Hacia las diez de la mañana llegó el patrón envuelto en una capa y un sombrero.

—¿Qué diablos pasa?

Ramiro sintió que sus manos se humedecían. El patrón estaba disgustado. Y él había escogido ese día para hablarle del cambio de trabajo. No podía matar el ternero de la vaca mocha. Enterró la pala con más fuerza y oyó un sonido subterráneo. Los otros peones levantaron la cabeza. Ramiro continuó paleando. El patrón veía que él no le tenía miedo a nada. Hoy demostraría su capacidad de trabajo y luego le pediría el cambio de oficio. La pala entraba y salía con movimientos rítmicos.

El grito le llegó cuando ya su pensamiento había ordenado las palabras que le diría al patrón. ¡Cuidado!

La tierra se desprendió tan rápidamente que no tuvo tiempo ni de levantar la cabeza.

LA GUITARRA

Los cantos se escucharon en la noche. La guitarra los seguía en un lamento triste. Los dedos que la pulsaban eran nerviosos, morenos, y su dueño tenía la cara en la sombra. Una media luna triste, de noche de invierno, delineaba las figuras que cantaban sentadas en la banca del corredor.

Raro que no estuvieran acostados a las once, tanto como que en esa noche no hubiera llovido. Durante el invierno los aguaceros se desgajaban y el sueño, con el ruido monótono y el cansancio del trabajo, venía pronto.

Ese sábado Enrique, el guitarrista, regresaba después de dos meses de ausencia. Era dura la zona bananera, pero el salario tan compensador que orgulloso se tocaba la bolsa del pantalón con diez billetes de cien colones cada uno. Pagaría las deudas, cinco hijos en seis años le habían absorbido no sólo el salario semanal de la finca en que trabajaba antes, sino que la deuda con el pulpero ya pasaba de los cien pesos. Por eso se había ido, a tentar suerte, como decían en el pueblo. Allí se acostumbró a la ropa mojada y a la comida a medio salcochar; a tumbarse en el tabanco del campamento en medio de un centenar de peones, tan mojados y malolientes como él mismo; a soñar con su mujer y sus hijos, y despertar sorprendido de no encontrarlos a su lado. Salir bajo la lluvia tibia y espesa de esa zona y cortar de un sólo golpe de cuchillo el racimo aún verde de bananos.

Pidió permiso para ausentarse una semana y se lo dieron. El barco no regresaría hasta la próxima quincena. Era un alivio verse libre de esas caras ceñudas, cubiertas de barba, que acechaban cada movimiento del mandador. El no lo

acechaba. No resentía sus gritos ni sus empujones.

Había tomado el tren de la madrugada y llegó a la ciudad ya oscureciendo. Una hora de jornada lo llevó hasta el portón de la finca y bajó la cuesta de barro de olla. La sensación de ausencia, de lejanía que se había prendido en su pecho desde el día que partió, se disolvió en el agua de la acequia que pasaba delante de su casa al divisar a Felicia en la cocina. En dos brincos estuvo a su lado y el grito murió en sus labios cuando lo reconoció. Los chiquillos lo rodearon. La bolsa de tosteles y confites duró pocos segundos. Las carillas blancas por el lustre se restregaron en el delantal de la madre.

Felicia cada día le había encendido un cabito de candela a la Virgen para que lo librara de las culebras y las fieras. Además, decían que los hombres de por allá eran crueles y pendeñeros: no era la primera vez que alguno del pueblo regresaba sin un brazo o con un machetazo tan hondo que daba miedo ver la cicatriz.

Enrique intentó hacerle una caricia torpe con la mano pero ella se retiró después de susurrar "los güilas".

—Te alistaré un bocado, no tengo mucho que darte, pues tu tata todavía no me ha traído el diario.

Tenía sólo café y un pedazo de pan viejo pero cualquier cosa era bienvenida a su estómago vacío.

—Traigo plata para comer bien, pagar lo que debo y comprarte ropa a vos y los güilas.

Una chispa alegre brilló en sus pupilas. Un vestido nuevo. Los que tenía ya no le quedaban pues su cintura crecía con cada embarazo y tenía que cubrir el lado abierto con unos delantales que le había regalado su suegra. Enrique dejó la taza sobre el moledero. El deseo de ver a su madre era impostergable.

—Voy a ver a mamá, menudo susto le voy a pegar.

La encontró junto al fogón con los ojos nublados por el humo. Ni un abrazo ni un beso, pero los ojos se humedecieron más.

—¿Cuándo vino mijo?

—Hace poco. Pasé a saludar a Felicia y los chiquillos.

—Muy valiente su mujer, muy valiente y bien portada. Era todo lo que deseaba saber. Sólo las palabras de la madre le garantizaban la lealtad de Felicia.

—¿Y tata?

—Anda buscando una jodida novilla que se brincó otra vez la cerca. Puede comerse la caña y quién aguanta al patrón. Ahorita viene.

Le enseñó a su madre el dinero que había ganado y una sonrisa iluminó su cara, sonrisa que desapareció al oírlo decir que había venido sólo por una semana. ¿Fue que los últimos celajes se escondieron y las sombras se refugiaron en las arrugas de su cara? A él le pareció que había envejecido.

—¿Tiene que volverse a ir?

—Sí mamá. Un año trabajando duro y junto plata para comprar el terrenillo de ñor Abraham. Con eso y el trabajo de la finca me remiendo.

—Tiene razón hijo, pero cuídese.

—No me he quitado el escapulario que usted me puso antes de partir.

Lo descolgó de su cuello y lo entregó con reverencia a las manos arrugadas que se extendieron para tomarlo.

—Está tan sucio que mejor me lo lava para ponérmelo antes de irme.

Pasos en el corredor y la voz de sus hermanos lo hicieron levantarse del banco en donde se había sentado. Exclamaciones. Golpes en la espalda y aquella mirada inquisidora que deseaba descubrir cómo le había ido. La partida de Enrique era la puerta por donde ellos podrían salir si le iba bien a su hermano. Les aseguró que era menos malo de lo que les habían dicho, siempre que aprendieran a callar y a aguantar.

El padre llegó cubierto de lodo y no vio a Enrique en el primer momento.

—Esa jodida salta como un venado.

Su cara se contrajo en un intento de sonrisa cuando vio a su hijo y las preguntas brotaron de su boca desdentada. Quería saber de cada lugar que había conocido, de los malos tratos del mandador, de la corta de fruta y su transporte en vagonetas, de las serpientes venenosas que abundan en las hojas del banano y de la lluvia constante que a veces caía por quince días seguidos. Aceptaba las explicaciones de Enrique con un gruñido y lo instaba a contar más. Cuando no quedó nada qué decir se acercó a su mujer.

—¿Y la comida?

Ella había permanecido inmóvil escuchando a su hijo. Se le escaparon varios suspiros cuando lo oyó contar de las crecientes de los ríos y las miradas recelosas de sus compañeros. Enojada

porque las palabras del marido la sacaban de su éxtasis partió a la cocina refunfuñando.

—Ya va, ya va, se atrasa dos horas y quiere que la comida lo espere en el corredor.

Las mismas palabras de cuando era niño, el mismo cariño encubierto que en el pobre no se manifiesta, el mismo sabor de la casa con sus paredes sin pintar y ese olor a frijoles y agua dulce que lo envolviera desde su niñez. Sintió que todo estaba igual, que nada había cambiado durante su ausencia.

Después de comer, sus hermanos se empeñaron en celebrar el regreso y partieron para la pulpería seguidos de las recomendaciones de la madre para que no tomaran más de un trago, y la sonrisa comprensiva del padre. De camino le avisaron a Felicia, que lo miró con una promesa en los ojos. La pulpería estaba llena de gente y era bueno ver esas caras conocidas, tan diferentes de las hoscas y tristes del campamento. Saludos, preguntas, invitaciones a un trago y otro y otro.

—Es bueno verte otra vez aquí, tu guitarra nos ha hecho falta. La única música que se oye ahora es la de la lluvia.

Risas fáciles porque el licor los hacía olvidar la pobreza. Bromas y risas que callaron cuando Enrique tomó la guitarra entre las manos. Su hermano había corrido a traerla y de paso a tranquilizar a Felicia y a su madre.

Las horas marchaban rápidamente. La pequeña luna subía al centro del cielo luchando con las nubes oscuras. La tapaban por instantes y volvía a aparecer, pálida y desteñida como si las nubes succionaran su sangre gota a gota.

A las diez y media los hermanos bajaron la calle paso a paso.

Sus cantos y el sonido de la guitarra hacían sonreír a la gente acostada en las casuchas vecinas.

—Ya volvió Enrique, lo conozco por la guitarra.

—Hacía falta ese muchacho, es el más alegre del pueblo.

Brincó la acequia para decirle a Felicia que regresaría después de darle una serenata a su madre. Esta los esperaba levantada y con un pichel de café negro recién chorreado. Los hizo tomarlo aún más cuando le aseguraron que no lo necesitaban. Su autoridad se impuso y no les quedó más que obedecer.

Enrique comenzó a sentir nostalgia, nostalgia de abandonar la familia, una semana era tan

poco tiempo y el regreso a aquellos hombres tristes y lacónicos iba a ser duro, más duro, doloroso. Allí no había cantos de guitarra, se terminaba el día tan cansado que sólo se tenía la voluntad suficiente para tirarse en el camión y dormirse con el ruido de aquella lluvia interminable.

Canciones nostálgicas, alegres, tristes, llenaron el aire. La guitarra de Enrique estaba tan contenta de su regreso como sus hermanos y lanzaba sonidos tan armoniosos que la madre decía en voz baja:

—Se nota que Enrique está contento de haber regresado.

Dos disparos se oyeron en lo alto de la cueva. Enrique se sobresaltó pero sus hermanos lo tranquilizaron diciéndole que era Felipe. Había

comprado una pistola y se entretenía sacándole chispas a las piedras.

La guitarra volvió a descargar su corazón nostálgico.

La figura de Felipe se acercó a la casa.

—¿Qué es esa bulla? A callar todos. Tengo sueño y voy a dormir ya.

Tal vez fue la palabra bulla lo que enojó a Enrique, ese calificativo para su música le pareció intolerable..

—Estamos cantando y esta es nuestra casa. Si nos da la gana cantamos hasta el amanecer.

Las últimas palabras quedaron ahogadas por el ruido del disparo.

La bala atravesó también el corazón de la guitarra.

EDUCA
EDITORIAL
UNIVERSITARIA
CENTRO
AMERICANA

Novedades, 1970

Constantino Láscaris.
**HISTORIA DE LAS IDEAS
EN CENTROAMERICA**

El primer estudio serio, sistemático, sobre el proceso de las ideas políticas y filosóficas de Centro América. El autor analiza el pensamiento de los aborígenes, el desarrollo de la conquista y colonización por los españoles, y en forma pormenorizada los siglos XVI, XVII, XVIII y mitad del XIX.

Rústica. 487 páginas. 17½ x 12 cms.
\$ 2.40

Yolanda Oreamuno.
LA RUTA DE SU EVASION

Obtuvo primer premio centroamericano, en Guatemala, en 1952. Escrita con lenguaje novedoso e imaginación poco común, sus páginas están llenas de contrapuntos, monólogo interior, introspección. Por la temática desarrollada y por la caracterización de sus personajes, constituye un aporte indiscutible a la novelística contemporánea. Rústica. 362 páginas. 17½ x 12 cms.

\$ 2.80

William Walker.
LA GUERRA DE NICARAGUA

En la segunda mitad del XIX, a raíz de diferencias políticas entre Gra-

nada y León, tropas mercenarias comandadas por William Walker se posesionaron de Nicaragua y pretendieron convertir al país en una colonia norteamericana. Este libro recoge las memorias de Walker, traducidas del inglés por el historiador costarricense Ricardo Fernández Guardia. Rústica. 424 páginas. 17½ x 12 cms.

\$ 2.40

Luis Luján Muñoz.
**APRECIACION DE LA CULTURA
MAYA**

La extraordinaria civilización maya captada en sus más altos valores, por cronistas, historiadores, arqueólogos y antropólogos de varias nacionalidades, lo cual nos da un panorama completo de esa cultura.

Rústica. 241 páginas. 17½ x 12 cms.

\$ 2.00

Rafael Heliodoro Valle.
TIERRAS DE PAN LLEVAR

El autor conoce la psicología de su pueblo y la describe en bellas y hermosas estampas. Los relatos, cortos pero llenos de colorido tropical plantean el drama rural, la vida campestre, la anécdota que hace recordar el pasado casi inmediato. Las costumbres, las tradiciones, aparecen en todo su esplendor.

Heliodoro Valle, post-modernista, adquiere cada día mayor significación en la literatura centroamericana. Sus obras son declaradas textos de consulta, pues reflejan una época, un período en el desarrollo cultural de Honduras.

Editorial Universitaria Centroamericana. Rústica. 172 páginas. 17 x 12 cms.

De venta en las principales
librerías de Centroamérica

Apartado 37 - Cable COSUCA. Teléfono 25-27-44
Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio". San José de Costa Rica.
Organo del Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

INDICE

	Pág.
Rosario Aguilar.	
"Primavera Sonámbula"	1
Claribel Alegría.	
"Juego de Espejos"	15
Julicta Pinto.	
"Seis Cuentos"	35





*Nueva Narrativa Femenina
de Centroamérica*